

La vida y la muerte del stalinismo

Capítulo 7

La degeneración del trotskismo

1. Las teorías de la nueva época

Una consecuencia significativa del triunfo del stalinismo en el periodo de la Segunda Guerra Mundial fue la desmoralización y el colapso del movimiento trotskista. No podemos presentar aquí la historia completa de la Cuarta Internacional (CI) pero si buscamos examinar las raíces de las principales teorías trotskistas sobre el stalinismo. Comenzamos examinando como las tendencias que se derivan del trotskismo interpretaron los cambios en la época imperialista que resultaron de la guerra.

La Cuarta Internacional

En 1938 Trotsky y sus seguidores fundaron la Cuarta Internacional, el “partido mundial de la revolución socialista”, como la encarnación organizativa del marxismo. Desde que la Tercera Internacional (el Comintern) bajo el control stalinista había resultado contrarrevolucionaria (aunque todavía incluyese a la mayoría de los trabajadores avanzados de la mayoría de los países), un partido revolucionario genuino tenía que ser reconstruido.

El futuro de la CI dependía del esperado estallido de luchas revolucionarias de masas como resultado de la guerra venidera (como había ocurrido con posterioridad a la Primera Guerra Mundial). Tales explosiones ocurrieron, pero como hemos visto, el imperialismo “democrático” y el stalinismo – mucho más fuerte de lo que había pronosticado Trotsky – se combinaron para derrotarlos. Subsiguientemente la expansión del stalinismo y la contención de las luchas obreras socavo más aun a la CI. Estas fuerzas materiales condujeron a su colapso político a principios de los años cincuenta. Desde ese entonces se han escindido varias veces en corrientes rivales. Todas estas, a pesar de su adhesión formal al trotskismo, en la realidad han sustituido los fundamentos del programa marxista revolucionario por una visión de clase media y se han convertido centristas.

Algunos, notablemente la tendencia cliffista, argumentaban que el oportunismo de la CI se debió a su posición “defensista” sobre la cuestión rusa. Pero la causalidad proviene de una dirección opuesta. La erosión final de la CI surgió del periodo del crecimiento de la prosperidad occidental, que expandió a la aristocracia laboral y produjo un gran crecimiento de los estamentos de clase media situados entre la burguesía y el proletariado. La conexión de la CI a estos estamentos, aun antes de la Segunda Guerra Mundial, es lo que los condujo a reconocer la alegada capacidad revolucionaria de los partidos stalinistas pequeño burgueses en Oriente. Esta noción fue en la realidad una reflexión de su adaptación a los partidos comunistas y socialistas en sus países.

El pesimismo entre muchas corrientes radicales se originó en los años treinta con el aplastamiento de los movimientos obreros a través de Europa bajo la bota fascista. Las traiciones cínicas de los stalinistas de toda idea y logro revolucionario – sin aparente resistencia proletaria – profundizó la actitud fatalista de los radicales hacia las masas. Contra estas fuerzas poderosas, la izquierda predominantemente de clase media se fijaba para su salvación en el estado burgués y en el nacionalismo. De ahí que creó vínculos con el imperialismo, normalmente mediante la intermediación de la socialdemocracia. El Pacto Hitler – Stalin fortaleció el argumento de que democracia burguesa era la única defensa contra el totalitarismo en todas sus formas.

George Orwell, que nunca fue trotskista pero sin embargo fue partidario del comunismo anti-stalinista posterior a su experiencia en la Guerra Civil Española, escribió de forma reveladora en 1940:

“Durante varios años la guerra venidera fue una pesadilla para mi, y a veces hice discursos y escribí panfletos contra ella. Pero la noche antes del anuncio del pacto ruso-alemán, soñé que la guerra había comenzado. ... Baje las escaleras para buscar el periódico que anunciara el vuelo de Ribbentrop a Moscú. ... Lo que supe en mi sueño esa noche fue que el largo aprendizaje en patriotismo que las clases medias tienen que soportar había logrado su propósito y que una vez Inglaterra estuviese en un serio problema – sería imposible para mí sabotearlo.”

Los socialdemócratas y stalinistas (posterior a la invasión alemana de Rusia) adaptaron posiciones similares con menos vacilación. La CI no era inmune a esas presiones. El odio justificado de los trotskistas al stalinismo por haber traicionado al comunismo – los ayudo a impulsarlos en una dirección socialdemócrata, con diferentes alas en movimiento a diferentes grados. (Irónicamente, los odiados stalinistas a menudo adoptaban posiciones paralelas.) Una de las presiones principales contra la CI fue la lucha de una fracción dirigida por Max Shachtman en el Socialist Workers Party (SWP) norteamericano que condujo a una escisión traidora del partido de vanguardia en vísperas de una nueva guerra mundial.

Muy cercano a los shachtmanistas se encontraba un ala de la CI que mantenía que la historia mundial se había atrasado tanto que la lucha a favor del socialismo ya no estaba en agenda. En su documento principal escribieron de la lucha de clases en Europa “que como quiera que uno la vea, la transición del fascismo al socialismo sigue siendo una utopía sin un lugar para parar, que en su contenido equivale a una revolución democrática”. En otras palabras, la meta revolucionaria ya no era el socialismo: podía ser únicamente la restauración de la democracia y la independencia nacional (¡para los países que ya eran imperialistas!). Esta estrategia, sin embargo, se propuso cuando la guerra llegaba a su final y las movilizaciones proletarias de masas se desarrollaban en Europa occidental.

La teoría era conocida como la “regresión histórica”. Ubicándose más allá de una adaptación a la democracia burguesa, rechazaba la concepción leninista de la época y recopilaba la posición menchevique y socialdemócrata de la Primera Guerra Mundial. Los marxistas habían aprendido a oponerse a toda guerra de un poderío imperialista aun contra los imperialistas menos democráticos. Cualquiera que fuesen las metas declaradas de la guerra, el resultado no sería la

democracia y ciertamente no el “fin a la guerra” sino una redivision del mundo. Aunque no se declaró explícitamente, la lógica no prevista pero la inevitable lógica de la posición de regresión era la de apoyar a los Aliados, los alegados defensores de la liberación nacional (excepto en sus propias colonias) en la guerra “contra el fascismo”.

Los dirigentes de la CI se opusieron a tales revisiones nominalmente. Pero muy a menudo se adaptaban a la visión popular que mantenía que la victoria de la democracia sobre el fascismo era una etapa necesaria en la lucha obrera. Por lo tanto, a pesar de las hazañas de guerra heroicas de los cuadros trotskistas, los dirigentes de la CI más de una vez se acomodaron políticamente a los Aliados durante la guerra.

En los EE.UU., el SWP se comprometió con los sentimientos anti-alemanes y evitaron una confrontación directa con su “propio” imperialismo mediante la consigna ¡Convertir la guerra imperialista en una guerra contra el fascismo! Era un eco de la forma de la consigna de la Primera Guerra Mundial de Lenin – ¡Convertir la guerra imperialista en una guerra civil! – pero invirtiendo su contenido. En 1940 la sección francesa “le extendió la mano” a la mayoría pro-británica y norteamericana de la burguesía francesa con el propósito de ayudarlo a “salvarse”. Esta posición fue repudiada como social patriótica por una conferencia europea de secciones trotskistas en 1944. Por al final de la guerra la sección francesa todavía mantenía su llamado a los trabajadores a votar por una nueva constitución burguesa.

Las adaptaciones de la postguerra

Las concesiones políticas hechas bajo condiciones de ataques sangrientos de enemigos por todas partes y lados y hechas bajo condiciones de separación de un movimiento internacional durante tiempos de guerra fueron lo suficientemente malas. Pero posterior a la guerra la CI se mantuvo aislada del proletariado avanzado como resultado de la continua hegemonía stalinista. El aplastamiento de los levantamientos obreros posterior a la guerra fue un factor clave que los infectó con el cinismo hacia la revolución proletaria ya generalizada entre la intelectualidad pequeña burguesa. A la misma vez, el boom imperialista hecho posible por las derrotas postguerra comenzó a agrandar a las clases medias mas allá de sus tamaños anteriores. Entonces los trotskistas convirtieron sus revisiones a sistemas teóricos codificados. La combinación de la expansión stalinista y el boom pareció anunciar el comienzo de una nueva época del capitalismo. Falto la comprensión de que la nueva situación mundial se debía a la derrota de la clase obrera y que sería una condición temporal.

La primera reacción de la dirección trotskista a la situación postguerra fue que nada había cambiado: El pronóstico de Trotsky de un estallido revolucionario posterior a la guerra que conduciría al fin del capitalismo y del stalinismo no fue retado. En parte esto fue una reacción contra los regresionistas que gozaban del apoyo tácito de no solamente Shachtman sino también de importantes personalidades del SWP como Félix Morrow y Albert Goldman, como de dirigentes internacionales ubicados en los EE.UU. durante la guerra. El SWP declaró en noviembre de 1946:

“La siguiente síntesis fluye de la situación objetiva: el imperialismo norteamericano que fue

incapaz de recobrase de su crisis y estabilizarse así mismo durante la década anterior a la Segunda Guerra Mundial, se dirige hacia una explosión mucho mas catastrófica aun en la presente era de postguerra. El factor principal que encenderá la mecha es lo siguiente: los mercados domésticos posterior a un reavivamiento inicial y artificial, deberán contraerse. ... Lo que verdaderamente está por suceder no es una prosperidad sin límites sino un boom de corta duración. Después del boom vendrá otra crisis y depresión que será en sus condiciones al compararlas con la del 1929-32 – mayor”.

La teoría de la catástrofe del SWP descansaba sobre un razonamiento bajo consumista que mantenía que la pobreza de las masas en Europa y Asia como en Norteamérica les evitaría comprar la producción de la industria norteamericana. Los seguidores de Shachtman, también descansando en el bajo consumismo, reclamaban que la producción armamentista completaría la demanda de los mercados como lo había hecho durante la guerra y mantendría a la economía en funcionamiento óptimo. También asumieron que significaría un rápido descenso de los estándares de vida de los trabajadores, debido a que otras formas de gastos públicos tendrían que rebajarse para favorecer la producción de armas.

A pesar de estos errores también existía un elemento de optimismo revolucionario (como el de Rosa Luxemburgo durante la Primera Guerra Mundial) en una teoría que trataba de comprobar que el derrocamiento del capitalismo no tenía que postergarse indefinidamente. Como quiera que sea, la “ortodoxia trotskista” no era fundamentalmente un rechazo de la realidad sino una cobertura para la adaptación práctica a la misma. Por ejemplo, la tendencia Healy basada en Inglaterra se hizo famosa por pregonar catástrofes, ocasionalmente advirtiendo que el colapso de la economía capitalista estaba a punto de suceder. Esto no se combinaba, sin embargo, con una defensa de los principios revolucionarios sino con una abierta adaptación a los reformistas de izquierda dentro de la socialdemocracia – una práctica defendida con la argumentación de que los eventos tumultuosos conducirían a los reformistas, a pesar de sus conciencias, a los brazos de la revolución.

El neo capitalismo

La principal adaptación del trotskismo ortodoxo al reformismo fue de Mandel, una reacción empírica al boom de postguerra. Durante el curso del periodo postguerra él descubrió una nueva etapa del capitalismo que denominó el “neo-capitalismo” o “capitalismo tardío”. Otros teóricos trotskistas no fueron normalmente tan patentes – algunos criticaban a Mandel utilizando términos mas severos por este revisar la concepción de la época de Lenin – pero casi todos aceptaban las conclusiones políticas que fluían de las ideas implícitas de Mandel.

“Estoy completamente convencido de que comenzando o con la gran depresión del 1929-32 o con la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo entró a una tercera etapa de su desarrollo que es diferente al capitalismo monopolista o al imperialismo descrito por Lenin, Hilferding y otros – tan diferente como era el capitalismo monopolista del capitalismo *laissez-faire* del Siglo XIX.”

Esta nueva época se distingue por un número de factores, que incluyen la intervención estatal en la economía, los gastos armamentistas permanentes, y sobre todo, “el aumento de la tasa general de innovaciones tecnológicas” provocada por la carrera armamentista. Mandel cita a las derrotas

históricas de la clase obrera como una razón adicional para el boom de postguerra (el cita cada explicación posible por lo menos una vez), pero eso no es clave para su teoría.

Posteriormente adoptó una cobertura más sutil para sus ideas reformistas: la teoría de las “largas ondas”. “La historia del capitalismo en el plano internacional entonces aparece no únicamente como una sucesión de movimientos cíclicos cada siete a diez años sino también como una sucesión de periodos mas largos, de aproximadamente cincuenta años, de los cuales hemos visto cuatro hasta ahora” Cada ola ascendente se ha basado en una “revolución tecnológica”. La tercera expansión post Segunda Guerra Mundial se basó en la electrónica y la automatización; las previas en la aplicación industrial del vapor posterior al 1848 y los motores eléctricos y de combustión interna en la década de los años 1890.

Tal determinismo tecnológico es altamente superficial: no explica porque las innovaciones ocurren durante un periodo y no en otros. Pero existe un fallo mas profundo. La visión de Mandel le hace eco a la teoría de ciclos capitalistas de cincuenta años (veinticinco años de subida y veinticinco de descenso) desarrollada por el economista soviético no-marxista Kondratief en los años veinte. Él postuló la reiteración de olas sucesivas de desarrollo, una teoría de ondas largas que implica que el capitalismo no ha terminado aun su potencial progresista. Este punto y la naturaleza generalmente anti-marxista de la teoría de Kondratief fue demostrado por Trotsky en el 1923.

Mandel niega que tenga diferencias con Trotsky lo que implica que Trotsky también tenía una teoría cíclica de largos plazos. Pero Trotsky le respondió a Kondratief (y a Mandel también) que los efectos a largo plazo eran el resultado de condiciones históricas externas no periódicas – como la conquista de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos materiales, guerras y revoluciones; que no eran inherentes a las operaciones del sistema capitalista:

“En cuanto a los largos segmentos de la curva del desarrollo capitalista (cincuenta años) que el profesor Kondratief propone sin cautela para designar también como ciclos, su carácter y duración son determinados no por interacción interna de fuerzas capitalistas sino por esas condiciones externas a través de cuyo canal fluye el desarrollo capitalista”.

Mandel fue más allá aun, denominando a la ola postguerra de innovaciones una “revolución tecnológica permanente”. “Al grado que estamos en una guerra fría permanente, que se caracteriza por una búsqueda permanente de cambios técnicos en la esfera de armamentos, tenemos un nuevo factor aquí, un origen extra-económico, que alimenta los continuos cambios a la técnica productiva”. Por lo tanto, la mera decadencia del capitalismo, encarnado en una aparente guerra fría permanente, ¡muestra su capacidad permanente de desarrollo!

La combinación de Mandel de una expansión tecnológicamente determinada vinculada a una economía de innovaciones armamentistas permanentes describe a un capitalismo que debe estar fundamentalmente libre de crisis. No es necesariamente una sociedad universalmente benévola, sino es una que por lo menos que no conduce al proletariado a una oposición revolucionaria – y

una en la cual soluciones reformistas son posibles. El propósito de una teoría como la de Mandel – y su fallo fundamental – es posicionar el impulso interno del capitalismo en algún lugar que no sea la búsqueda del valor y la explotación del proletariado.

Las formas variadas de la teoría del neocapitalismo estaban de acuerdo con los programas políticos adaptados por Mandel y su firma, el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, comenzando con el “profundo entrismo” a largo plazo a los reformistas partidos comunistas y socialistas en la década de los cincuenta. Muchos grupos nacionales trotskistas ya estaban desmoralizados lo suficiente al final de la guerra para sepultarse así mismos en estos partidos en movimiento hacia la derecha. (Esta estrategia se contrasta con el apoyo de Trotsky al entrismo a ciertos partidos obreros en la década del treinta, basándose en el movimiento hacia la izquierda de los trabajadores.) El ala de Mandel no surgió hasta los levantamientos del 1968 – y entonces giró hacia el vanguardismo estudiantil y el guerrillismo tercermundista. Con espíritu reformista, Mandel reclamaba que el movimiento obrero no llevara a cabo ninguna revolución sino una “política básicamente anti-capitalista, con un programa de reformas estructuradas anti-capitalistas a corto plazo:

“La meta fundamental de estas reformas será quitarle las palancas de mando de la economía a los grupos financieros, trusts y monopolios – y entregarlos a las manos de la nación, crear un sector público de peso decisivo en el crédito, la industria y el transporte, basando todo esto en el control obrero. Esto marcaría la aparición del poder dual a nivel de compañía y de toda la economía y terminaría rápidamente en la dualidad del poder político entre la clase trabajadora y los gobernantes capitalistas”.

Con su dependencia en el “sector público”, este pasaje podía haber sido redactado sin muchos esfuerzos por los reformistas de los tiempos de Bernstein, que hubiesen especificado solamente que la revolución no era la vía de avance – debido a que los trabajadores conquistarían el poder mediante métodos parlamentarios. Poner a las empresas principales “en manos de la nación” es precisamente como Bernstein hubiese interpretado el término de poder dual, con sus implicaciones de todos modos incómodas del conflicto de clases. Mandel le añadió una pizca de cobertura anti-capitalista: “Esta etapa a la vez puede abrir paso a la conquista del poder de parte de los trabajadores y el establecimiento de un gobierno obrero que sea capaz de proceder a la construcción de una democracia socialista libre de la explotación y todos sus males”.

Una descripción tan etapista de la creación de un sector público para construir el socialismo no tiene nada en común con los levantamientos en las revoluciones reales como en el periodo de poder dual de 1917 – y aun así aquel periodo enfrentó únicamente una pálida comparación con la violencia que los capitalistas han aprendido a desatar contra las masas revolucionarias desde aquel entonces.

La fe de Mandel en las “reformas estructurales” constituye un rompimiento claro con la tradición comunista. Luxemburgo, por ejemplo, señaló que la diferencia entre los reformistas y los revolucionarios no era su apoyo a las reformas, que en cualquier caso son limitadas y temporales, sino que los revolucionarios veían el principal beneficio de las reformas el que avanzara la

conciencia obrera mediante la lucha. Para Mandel, el poder social obrero prosigue como un adjunto formal a las mejoras bajo el capitalismo. El término “reformas estructurales”, demuestra un énfasis en cambios técnicos en vez de conciencia.

La nueva época del capitalismo tardío de Mandel contrasta con la época de decadencia donde ninguna fuerza de clase que no sea la del proletariado son consistentemente revolucionarias: su visión de mundo contiene muchas nuevas fuerzas revolucionarias como los estudiantes, los fieles nacionalistas burgueses y la guerrilla pequeñoburguesa. Esa fue la razón por su invención: todas estas fuerzas benévolas, contrario a los demonios del pasado, pueden ayudar a rescatar a las víctimas del capitalismo de bajo consumo de las condiciones que las masas no alcanzan a cambiar por sí solas. La teoría de Mandel es una clara adaptación a la idea de la intelectualidad técnica de clase media que “nosotros” organizamos el progreso social para las masas. Los trabajadores (o campesinos en los países del Tercer Mundo) solo necesitan servir como puntas de lanza para ser manipulados por los benefactores socialmente conscientes.

La economía armamentista permanente

La alternativa principal de la CI en degeneración de la tradición trotskista fue la corriente Shachtman-Cliff, definida por sus teorías de la nueva clase en la URSS. Tratando de escapar las dificultosas trampas que habían atrapado al trotskismo ortodoxo, negaron que los estados stalinistas fueran progresistas e intentaron orientar su actividad política a la luz del boom de postguerra. Pero con sus esfuerzos para ser prácticos durante tiempos cuando la lucha revolucionaria en las naciones avanzadas parecían estar excluida, ellos disminuyeron la realidad repleta de crisis de la época. De esta manera ellos también abandonaron las lecciones fundamentales del marxismo – con menos disfraces aun que Mandel.

Las tendencias de Shachtman y Cliff también comparten una actitud y práctica común hacia la clase trabajadora domésticamente. Su idea característica es que el elemento clave para el socialismo son las “bases”, es decir, la masa de trabajadores con su presente nivel de conciencia. La democracia y militancia de fábrica se convierte en la focalización principal de su actividad, con poca atención prestada a los intereses a largo plazo de la clase trabajadora.

El problema con este enfoque es que en el curso normal de eventos, las bases obreras no siguen a un solo programa; su conciencia es inevitablemente mixta. En gran parte aceptan al sistema en el cual viven como un hecho de la vida. Pero tan pronto entran en movimiento y reconocen su propio poder, sus horizontes políticos se amplían: luchan a favor de cosas que antes no pensaban posible. Los que siguen el enfoque de las bases ignoran esta dinámica. Ellos aceptan la conciencia militante pero atrasada, levantando como programa ni lo que ellos piensan que es necesario sino lo que se imaginan que va a atraer a las bases. Es la estrategia opuesta a la del partido revolucionario que debe señalar hacia al futuro del movimiento – hacia las tareas frente a la clase obrera.

El enfoque de las bases surgió en la tradición trotskista en antagonismo hacia la “sobre centralización” de la Rusia stalinista. Respiran un cinismo hacia los trabajadores paralelo a Mandel: las masas están atentas únicamente con las luchas de día a día en sus talleres, mientras

que los intelectuales bregan con las profundas teorías políticas y económicas y vinculan todas las luchas conjuntamente. El énfasis “democrático” del enfoque de bases marca la diferencia entre los buenos intelectuales y los malos stalinistas: la democracia del taller sirve como una corrección para los intelectuales centristas, asegurando que se mantengan en contacto con sus bases.

El ala cliffista de la tendencia se centra alrededor del Socialist Workers Party británico y se autodenomina International Socialism (IS). Su interpretación del periodo de postguerra se basó en la teoría de la “economía de guerra permanente” creada por los shachtmanistas. Fue refinada por los cliffistas en los años cincuenta y sesenta (y más tarde se le cambió el nombre a la “economía armamentista permanente” para tiempos de paz), sus presentaciones corrientes descansan sobre lo que toman prestado de Marx, Lenin y Bukharin, y por lo tanto, requieren una refutación cuidadosa.

En su formulación inicial de la teoría, Cliff le dio énfasis a su inherente metodología bajoconsumista. El gasto armamentista en tiempos de paz, dijo Cliff, es un rasgo permanente del capitalismo de postguerra, fue clave para el boom económico. Absorbió al excedente de la producción que las masas con bajos salarios no eran capaces de comprar, desvió fondos de la acumulación de capitales que hubiesen terminado como bienes de consumo más tarde, y distribuyó los excedentes en la forma de aumentos en salarios y gastos estatales. De esta manera se estimularon las inversiones y aumento la rentabilidad al “aumentar el poder adquisitivo del pueblo”, junto a la nueva demanda estatal armamentista, ropa militar y edificios militares, etc.

Como descripción del capitalismo post Segunda Guerra Mundial, el retrato de Cliff contenía elementos reales. El presupuesto estatal – para armas en los EE.UU. e Inglaterra, para el bienestar social en Europa (pero menos en los EE.UU.) – se utilizó para moderar crisis cíclicas y para reducir la oposición de la clase obrera. Cliff también señaló los límites de los gastos armamentistas como una solución de los problemas del capitalismo: la carga armamentista podía crecer demasiado y reducir el estándar de vida de las masas – que de hecho ha ocurrido. Pero otro supuesto problema que citó Cliff desenmascara la debilidad de su razonamiento.

“Las potencias pueden competir tan ferozmente en los mercados mundiales que cada uno, para fortalecer sus posiciones, comenzarían con recortar sus gastos armamentistas. ...La economía de guerra, por lo tanto, sirviera menos y menos como una cura para la sobre producción, como un estabilizador de la prosperidad capitalista. Cuando la economía de guerra se convierta prescindible, las campanas de la muerte para el boom capitalista de seguro retocarán”.

Cliff no alcanzó a ver que el crecimiento armamentista en tiempos de paz no era principalmente una cuestión económica. Tenía propósitos políticos y militares críticos también: el mantener a los imperialistas rivales a distancia y suprimir la revolución colonial. También era un componente necesario de la estrategia de la Guerra Fría, utilizando la amenaza rusa para fundir las burguesías occidentales y las clases trabajadoras bajo la hegemonía norteamericana. De tal manera, que los gastos armamentistas no eran de ninguna manera “imprescindibles” especialmente cuando la competencia entre poderíos se convirtió crecientemente feroz. El hecho de que secciones particulares de la burguesía se beneficiaran económicamente de la carrera armamentista es de

importancia secundaria comparada a los beneficios militares, sociales, políticos y económicos que le trajo a la clase dominante en su totalidad.

Debido a estas razones, los gastos armamentistas se expandieron, aunque a un ritmo menor, aunque re-emergieran una seria de crisis económicas a principios de los años setenta. Contrario al pensar de Cliff, el boom de postguerra terminó y desapareció la estabilidad económica a pesar de la continuación de los masivos presupuestos armamentistas – si declinaron como proporción del producto nacional como en los años sesenta o expandieron como bajo Reagan en los años ochenta. La “solución” bajoconsumista o keynesiana a las crisis capitalistas han resultado falsas.

En la última cita Cliff utiliza el término “sobreproducción”, pero esta no es una teoría de crisis de sobreproducción. En tal teoría, las crisis se deben al inexorable impulso del capitalismo para aumentar la producción más allá de todos los límites – en todas las esferas de producción y no solamente en la de bienes de consumo. De igual manera, un presupuesto armamentista cuantioso en tiempos de paz es capaz de dilatar y no prevenir las crisis. Que Cliff cree que los gastos armamentistas a un nivel constante previenen la crisis es más evidencia de que su teoría de crisis se basa en una demanda de consumidor insuficiente.

Subsiguientemente los seguidores de Cliff han intentado darle poca importancia al evidente bajoconsumismo. Chris Harman explicó con aire protector que Cliff “presenta el argumento – para una simple exposición en una revista popular – en términos bajoconsumistas en vez de en términos de la tasa de ganancias” Peter Binns insistió que Cliff dio “el primer análisis teóricamente sano de la economía armamentista permanente” debido a que la vinculó a la ley de la tasa decreciente de ganancias (TDG) que se basa en la creciente composición orgánica del capital. Pero de hecho, no existe tal intento de vinculación en los escritos de Cliff.

La teoría de una economía armamentista permanente fue trabajada de nuevo sobre unas bases más sofisticadas por Michael Kidron. La producción de armas es improductiva, de acuerdo a Kidron, debido a que las armas no reingresan al circuito productivo del capital ni como producción o como bienes de consumo; se paga de la plusvalía, igual a los bienes de lujo adquiridos por la burguesía para consumo propio. Por lo tanto, la plusvalía disponible para la expansión de la producción se reduce constantemente por los gastos armamentistas, y eso desacelera la tasa de crecimiento económico. Debido a que la acumulación es retardada, lo mismo le ocurre a todas las leyes de movimiento que emanan de la acumulación, incluyendo a la creciente composición orgánica de capitales y la decreciente tasa de ganancias. De esta manera, la tendencia de la TDG opera solamente muy lenta y las crisis cíclicas pueden ser dilatadas o por lo menos, hechas más infrecuentes. En las palabras de Kidron:

“En Marx, el modelo asume un sistema cerrado en el cual toda la producción fluye de nuevo como insumos en la forma de bienes de inversión o bienes de salario. No existen descargas o fugas. Sin embargo en principios una fuga puede aislar la compulsión a crecer de las consecuencias más importantes. ... En tal caso no habría ningún declive de la tasa promedio de ganancias, y no habría ninguna razón de esperar crecientes bajones severos.”

“El capitalismo nunca ha formado un sistema cerrado en la práctica. Las guerras y los bajones

han destruido inmensas cantidades de producción, incorporando grandes acumulaciones de valores, y previniendo la producción de más bienes. Las exportaciones de capitales han desviado y congelado otras acumulaciones durante largos periodos de tiempo. Mucho se ha filtrado, desde la Segunda guerra Mundial, en la producción de armas. Cada una de estas fugas ha actuado para desacelerar el aumento de la composición general de composición orgánica [de capitales] y la caída de la tasa de ganancias”.

Este razonamiento esta repleto de falacias. En primer lugar, no es capaz de explicar como se dio el boom – como comenzó. Y aun si fuera cierto que los gastos armamentistas desaceleran la declinación de las tasas de ganancias, la “fuga” de Kidron no puede ser responsable de los altos niveles iniciales de ganancias que retardaron la declinación. Eso dependía de los más altos niveles de explotación alcanzados debido a las derrotas del proletariado y en las posibilidades de una nueva inversión resultante de la concentración de capitales sin precedentes durante la guerra. Cuando era cuestión de la movilización del trabajo y de los recursos de capitales desde el nivel de actividad durante la depresión, los gastos armamentistas jugaron un rol fundamental en darles comienzos al boom – pero aumentando la producción y no decreciéndola.

En segundo lugar, la teoría también falla en no poder explicar la larga extensión del boom de postguerra. Con la economía en total apogeo, los costos armamentistas son una deducción improductiva de la plusvalía: retardan la acumulación y el aumento normal de la composición orgánica. Los gastos armamentistas se puede decir que desaceleran la operación de la TDG como reclama Kidron – pero únicamente al desviar a la industria hacia la producción de mercancías que no contribuyen más a la producción de plusvalía. En otras palabras, en la formula de la tasa de ganancias $S/(C+V)$, el presupuesto armamentista mantiene al denominador (al capital invertido) sin aumentar – pero al impedir también al numerador (a la plusvalía producida) aumentar. Esto no produce un boom prolongado – como ha sido demostrado por la declinación relativa del país occidental de mayor producción armamentista, los EE.UU.

Más aun, la teoría de Kidron asume que las crisis cíclicas son causadas directamente por la TDG. Eso no es la verdad: los ciclos y la TDG están interconectados y las crisis llevan acabo las contratendencias a la TDG al eliminar a los capitales menos rentables (primer capítulo). A tal grado que los gastos armamentistas, como la mayoría de las intervenciones estatales en la economía, ayudan a posponer las crisis, dilata las contratendencias a la TDG, promueve al acaparamiento del capital ficticio y, por lo tanto, acelera la caída de la tasa de ganancias.

Únicamente en un caso extremo los gastos armamentistas garantizaran ponerle un alto a la TDG: si *toda* la plusvalía fuese dirigida a la producción de armas, por lo tanto, ninguna inversión productiva fuese posible. Pero este caso imaginario desenmascara lo absurdo de la teoría. Ya que el efecto de la TDG, es inducir el estancamiento, los gastos armamentistas simplemente desplazan el modo de estancamiento sin eliminarlo. En vez de permitirle al TDG reducir la tasa de acumulación al declinar la tasa de ganancias, los gastos armamentistas reducen la tasa de acumulación directamente. El efecto de la TDG se lleva acabo por otro método.

Kidron levanta otro argumento. La virtud de los gastos armamentistas consiste en que el desarrollo armamentista de uno obligue al otro poderío rival a hacer lo mismo: “La mera

existencia de maquinas militares nacionales del tamaño del presente. ...aumentan tanto la oportunidad de estabilidad económica y obliga a otros estados a adoptar un tipo definido de respuesta y comportamiento *que no requiere de ninguna vigilancia* por una autoridad mayor alguna.

Pero en la realidad lo opuesto ocurrió. Ya que tantas nuevas inversiones fueron canalizadas al presupuesto militar (en los EE.UU., la URSS, y Inglaterra), en vez de inversiones productivas (como en el Japón y Alemania postguerra), la acumulación desacelero en algunos países pero acelero en otros. Como resultado la economía armamentista ha sido una fuerza económica *desestabilizadora* internacionalmente. Eso refleja nuestro punto general de que la TDG opera de forma desigual dentro de la economía, reduciendo las tasas de ganancias de los capitales mas atrasados. De esta manera, cuando el presupuesto armamentista norteamericano entorpeció a las inversiones domesticas, permitiendo a las industrias alemanas y japonesas sobrepasar la productividad norteamericana, ayudo de ese modo a llevar acabo la TDG en los EE.UU., y no lo retardó.

Los teóricos de la IS argumentan frecuentemente que los recortes en los gastos armamentistas son responsables de las crisis a corto plazo. Pero de acuerdo a la teoría de Kidron, unos recortes armamentistas conducirían primero, a un aumento precipitado de las inversiones productivas, por lo tanto, en un aumento de la composición orgánica del capital – o sea en un boom. Únicamente a largo plazo, es capaz de acelerar las tasas decrecientes de ganancias. Que las reducciones en gastos armamentistas sean vistas como gatillos para la recesion demuestran de nuevo que en la práctica la IS no se molesta con el intento de Kidron a invocar la TDG. Opera realmente bajo una noción bajoconsumista de crisis donde el presupuesto militar absuelve los excedentes.

El problema básico con cualquier versión de la teoría de la economía armamentista es el reclamo que la fuga necesaria pero el desperdicio que representa la producción de armas para el imperialismo es económicamente saludable para la acumulación de capitales. Sin dudas ha sido beneficiosa para algunos capitalistas. Pero la tesis que mantiene que los gastos armamentistas han ayudado al sistema a crecer durante décadas esconde únicamente la verdadera explicación... la profundizada explotación de los trabajadores del mundo.

¿El fin del imperialismo?

La teoría de la economía armamentista permanente es más que un intento para explicar el boom de postguerra. También justifica el rechazo de la IS de la teoría leninista del imperialismo. Dándole un viraje bajoconsumista a Lenin, la IS razona que en los días de Lenin la explotación de capitales descargaba el valor en exceso de la economía y de esa manera eliminaba las crisis causadas por la insuficiente demanda. En el mundo moderno, los gastos armamentistas han reemplazado la exportación de capitales como el vehículo del capitalismo para evitar su colapso. Ya que el análisis de Lenin no aplica, la IS de forma irrespetuosa le puso la etiqueta al imperialismo “de la etapa superior menos una”.

La IS comparte la visión socialdemócrata de que la exportación de capitales esta fuera de modas: “Los capitales metropolitanos como un todo son escasamente dependientes de sus inversiones

marginales en los países atrasados”. Esto implica, que en la ausencia de un impulso imperialista destinado a explotar los recursos extranjeros de plusvalía, que el Tercer Mundo es económicamente muy insignificante para ser relevante a la lucha por el socialismo. Había una base superficial para esta opinión durante los años sesenta, pero está claramente fuera de moda en los años ochenta cuando, por un lado, el incumplimiento de las obligaciones a la deuda externa de los países deudores paralizaría a los bancos occidentales y por otro lado, las luchas obreras tercermundistas han tenido un impacto mundial.

Es sorprendente como conclusiones políticas tan disimilares se pueden deducir de teorías tan similares. Baran/Sweezy y la IS, ambos argumentan que el crecimiento a largo plazo sin crisis proviene de los gastos armamentistas que se traga la demanda en exceso; los primeros reclaman que la clase obrera de los países imperialistas es irrelevante y la visión similar de la IS hacia el Tercer Mundo ambas dependen de la teoría bajoconsumista. Tal teoría no es ciertamente una guía confiable para el análisis o la acción, pero desenmascara lo que tienen en común Baran/Sweezy y Cliff/Kidron: un rechazo a que la explotación proletaria sea el motor del capitalismo.

Kidron subsiguientemente afirmó que el impulso del imperialismo para amasar plusvalía es muy activo, citando “la fuga obligada de recursos de la periferia del sistema a las potencias industriales – como un reflejo de la necesidad para crear crecientemente inmensas concentraciones de capitales mínimos con el propósito de sobrevivir en unos mercados mundiales integrados en el presente”. Similarmente, Duncan Hallas, en la introducción a una reimpresión de los documentos teóricos básicos de la IS, expuso que la fórmula “la superior menos una” como desafortunada: “puede sugerir que ya no exista el imperialismo”, Hallas continuó para añadir: “El punto es que ya no es decisivo para la sobrevivencia del capitalismo”. No importa lo que crea, la IS continúa utilizando el término imperialismo como si nunca hubieses desatado polémicas contra el mismo. Y esto no se debe a que haya revertido hacia el leninismo en su práctica sino debido a que mantiene un gran desprecio a la teoría, incluyendo a la suya.

Uno de los propósitos de la teoría comunista del imperialismo es clarificar la lucha contra el mismo. A través de los años, la tendencia de Cliff ha tenido un record inconsistente en llevar a cabo la tarea elemental de apoyar las luchas anti-imperialistas, especialmente aquellas de las víctimas de su propia clase dominante (británica). Rechazaron apoyar a la China y Corea contra las fuerzas imperialistas en la Guerra de Corea en los años cincuenta, (titubearon en demandar la salida de las tropas) En el Norte de Irlanda, cuando se intensificó la sublevación católica a finales de los años sesenta titubearon en demandar la salida de las tropas británicas, con la expectativa de que las fuerzas opresoras eran una mejor alternativa que un baño de sangre sin supervisión. En 1982, cuando Inglaterra se lanzó a la guerra contra Argentina sobre las Islas Malvinas/Falklands en el Atlántico Sur, el SWP británico escogió mantenerse neutral con una política de “derrotismo revolucionario” para ambos bandos. Contrario a los gobernantes de las potencias occidentales que entendieron que la ocupación argentina amenazaba con descontrolar el control imperialista en general y respaldaron uniformemente la guerra de Thatcher, la SWP insistió que “ningun interés *vital* del capitalismo británico estaba en peligro”.

En estos casos estuvo claro que la distinción entre los países opresores y oprimidos no era asunto de importancia para la IS; la noción de que el imperialismo es una teoría obsoleta contribuyó a esta racionalización. También le permitió al SWP alinearse con un espectro completo de la izquierda británica desde los stalinistas hasta los laboristas, que son hostiles al imperialismo norteamericano pero objetan muy poco ante una Inglaterra nacionalista (o Europa, en algunas versiones) abriendo su propio espacio imperialista en oposición a los norteamericanos y rusos. A la luz de esto, cuando el SWP decidió apoyar la guerra de Irán contra Irak en el 1987 debido a la intervención naval imperialista en el Golfo Pérsico, todos sus argumentos leninistas eran una cobertura. La razón básica era que la Guerra del Golfo Pérsico no se debía al *imperialismo británico*, entonces una posición anti-norteamericana podía pasar como una política revolucionaria.

La diferencia fundamental de la IS con Lenin sobre el imperialismo no es sobre las luchas tercermundistas. Es sobre la cuestión del carácter revolucionario de la época: sobre si los impulsos objetivos del capitalismo hacia la socialización y la decadencia obligan al proletariado entrar a la vía revolucionaria. Las dudas de Cliff fueron formuladas en su noción de la “revolución permanente desviada”. Esta teoría mantiene que da una explicación de porque revoluciones exitosas fueron dirigidas por fuerzas no proletarias en la China y Cuba; su respuesta es que el proletariado era aristocrático, comprado e indiferente (en Cuba) o irrelevantemente pequeño donde los stalinistas retenían el poder (en China). En general, “Esas fuerzas que deberían conducir hacia la revolución socialista obrera de acuerdo a la teoría de Trotsky pueden conducir, en la ausencia del sujeto revolucionario, al proletariado, a su opuesto, al capitalismo de estado.

No, el proletariado no estuvo “ausente”; tenía primero que ser derrotado o traicionado antes de que los regimenes capitalistas estatificados pudieran instalarse. En el contexto de una derrota mundial, los revolucionarios nacionalistas pequeño burgueses fueron capaces de entrar al escenario. Pero contrario a Cliff, la lucha de clases opera aun donde el proletariado es débil. Cuando los viejos regimenes ya no son capaces de gobernar, los trabajadores no tienen otra alternativa que la de luchar; las leyes del capital los impulsan una vez tras otra a la batalla. Pero a veces son derrotados. El stalinismo, descansando sobre las usurpaciones de las conquistas proletarias, ha sido un rival formidable.

Para Cliff fue el fracaso de los trabajadores a lograr la conciencia revolucionaria lo que falsificó la perspectiva de Trotsky y salvó al capitalismo. Como él lo resume, “Una vez la constante naturaleza revolucionaria de la clase trabajadora, la columna central de la teoría de Trotsky, se sospecha, toda la estructura se hace añicos”. Dejamos al lado la falsa ecuación de la convicción de Trotsky (y de Marx y Lenin) que el proletariado es inherentemente una clase revolucionaria con la absurda noción de una *constante* conciencia revolucionaria. Las consecuencias de la visión de Cliff consiste en culpar a los trabajadores y no a los traidores stalinistas y socialdemócratas, por el fracaso de la perspectiva marxista. El segundo peligro consiste en no estar preparado, pesimisticamente conservador, o aliado a fuerzas traidoras cuando los trabajadores escapan de su camisa de fuerza ideológica.

Las victorias del stalinismo posterior a la Segunda Guerra Mundial convencieron a muchos izquierdistas de que el proletariado estaba muerto. Cliff mantiene una visión centroizquierdista de esa idea. Similar a la teoría de estados obreros deformados de los trotskistas ortodoxos (más abajo), la revolución permanente desviada de Cliff describe a los trabajadores como reemplazados por elementos no proletarios en la construcción de un nuevo mundo, aunque ese mundo no sea progresista. Esta es la lógica de la teoría de una nueva época.

El capitalismo de estado militar

La teoría de Cliff sobre el capitalismo de estado apunta hacia unas conclusiones muy diferentes sobre el rol mundial del stalinismo que la nuestra.

Cliff argumentaba que la carrera armamentista ha obligado a las potencias tanto de Occidente como de Oriente a dedicar sus economías a utilizar los valores de uso en vez de la producción de valores. Más aun, el análisis de la IS los conduce a tratar la misma lucha de clases como un conflicto secundario, subordinado a la competencia militar internacional. Chris Harman lo plantea sin rodeos:

“La lógica del nuevo imperialismo es simple: agarrar y explotar lo mas que sea posible del mundo para ser capaz de construir el potencial militar para evitar que el rival agarre y explote áreas con el propósito de construir su propio potencial”.

Para Marx, la meta de la ventaja militar y cualquiera otra ventaja capitalista es la explotación – aumentar y expandir la explotación; para Harman, por lo contrario, consiste en acumular mas medios de destrucción”. No es sorprendente que la IS malrepresenta la naturaleza capitalista subyacente del stalinismo – hace lo mismo para el capitalismo ordinario. Más comúnmente, la IS hace una distinción entre el capitalismo tradicional y el stalinista; admite que Occidente no esta tan falto de competencia como Oriente y todavía mantiene una capacidad interna para expandirse. (Es decir, la IS no cree completamente que la noción de Cliff sobre *la acumulación en Occidente como en Oriente* es conducida por valores de uso) Si, por lo tanto, Occidente se ve obligado a dedicar esfuerzos para la rivalidad militar, es decir, debido a que se ve obligado a equiparar a Rusia; el capitalismo soviético, contrario al occidental, es muy atrasado para competir pacíficamente. El resultado de esta lógica es desastroso:

“Las clases dominantes rusas y norteamericanas no ‘escogieron’ crear una carrera armamentista debido a sus consecuencias positivas para crear el boom mas largo de la historia del capitalismo. No hubo alternativas para escoger en esta materia, en vez, es una consecuencia de los rasgos específicos del mundo en el cual se encontraban. La habilidad y deseabilidad del capital norteamericano para competir comercialmente y firmemente no fue igualada por Rusia. ... Para la clase dominante rusa, el poder militar era todo lo que poseía para defenderse del capital occidental. Para la clase dominante norteamericana, este hecho, a su vez, implicaba la necesidad para suplementar su poderío financiero y productivo con un poder militar que fuese igualmente abrumador”.

Es decir, el acaparamiento armamentista norteamericano no es parte de su naturaleza como el

poderío imperialista principal sino consiste en una reacción contra la amenaza militar soviética. Tal posición se inclina peligrosamente hacia la línea maoísta de condenar a Rusia como el poderío “sin recursos” que necesita destruir el balance del poder pacífico con el propósito de expandirse, como lo hiciera Alemania antes de la Primera y Segunda Guerra Mundial.

Este no es una formulación accidental: una línea similar fue adoptada por la sección norteamericana de la IS al analizar la reactivada Guerra Fría de los años ochenta. Los EE.UU. necesitaban una reducción armamentista eventualmente: “A finales de los años setenta y a principios de los años ochenta bajo Carter y Reagan, los EE.UU. persiguieron una escalada armamentista para desgastar hasta romper la economía de la URSS y derrotarla en la carrera armamentista. De esta manera, los EE.UU. podrían reducir sus gastos armamentistas más tarde cuando la URSS ya no fuese una amenaza”. Pero para los soviéticos la meta principal era un crecimiento militar – aun si la táctica inmediata era la opuesta: “Gorbachov – necesitaba aumentar la habilidad de su economía civil para competir en los mercados mundiales y, de esa manera, rebajar la porción de la economía destinada a lo militar. Esta es la única manera para reconstruir las bases económicas del poder militar a largo plazo”.

El resultado de esta distinción entre los impulsos militares de Oriente y Occidente consiste en culpar principalmente a los soviéticos por la rivalidad internacional que condujo a la Guerra Fría. También ignora la realidad mundial, el rol dominante del imperialismo norteamericano. De igual manera olvida la historia: el stalinismo no podía haber sido el estímulo del “capitalismo de estado militar” occidental, ya (que como argumenta la misma IS) los imperialistas ya habían alcanzado ese estatus en la Primera Guerra Mundial.

El problema subyacente, otra vez, consiste en que la IS niega la época del imperialismo y, por lo tanto, busca otro razonamiento para explicar la carrera armamentista. Intentos para construir una teoría marxista mientras se ignora la época de decadencia inevitablemente conducen hacia unas conclusiones reaccionarias. Irónicamente, la tendencia IS, que basó su análisis en la restauración del capitalismo en la URSS sobre el hecho de que Rusia tenía que acumular capitales bajo la presión militar de Occidente, ahora mantiene que la presión soviética determina la naturaleza de la acumulación occidental. Tales dilemas son inherentes a una teoría que encuentra el impulso a la acumulación del capitalismo proveniente del exterior.

Existen más problemas aun. La rivalidad imperial ya no es una cuestión de la división de los saqueos de la Segunda Guerra Mundial y de la coexistencia durante un periodo de estabilidad y prosperidad; si ese fuese el caso, mantiene la IS, los superpoderios “alcanzarían un nuevo acomodo entre ellos mismos” y “no haría falta movilizar a la clase trabajadora para eliminar el riesgo de una guerra nuclear... el funcionamiento y expansión natural del sistema mundial lo haría en vez para nosotros”. No, ahora la crisis económica renovada convierte inevitable la guerra en la ausencia de una revolución proletaria.

“En sus detalles esenciales, el presente periodo de rearmamentismo es similar no a principios de los años cincuenta, sino a los años que precedieron la guerra del 1914-18. Entonces podemos esperar que las crisis continuas obliguen a las clases dominantes de

las superpotencias (y a sus socios en la OTAN y el Pacto de Varsovia) a seguir la vía de la confrontación total. En un sentido importante, entonces, no es exacto referirse a este periodo como la Nueva Guerra Fría. No existe nada intrínsecamente ‘frió’ sobre la naturaleza de la confrontación del cual somos testigos en el presente, lo que realmente se ve, es el impulso de guerra creciente de un capitalismo de estado militarizado y envejeciente en crisis”.

Es un argumento revelador. En primer lugar, el levantar la posibilidad de que el sistema imperialista podría dar por terminado el riesgo de la guerra nuclear mediante su propia expansión es un reflejo del ya ampliamente desacreditado modelo kautskiano del imperialismo. Es increíble que un marxista revolucionario pueda concebir que en cualquier tiempo de esta época podía ver “ninguna necesidad de movilizar a la clase obrera” para ponerle fin al peligro de guerra. En segundo lugar, la IS parece no estar consciente del realineamiento en desarrollo entre las potencias, que un acomodo entre los EE.UU. y la URSS es posible sin ponerle fin al peligro de los conflictos inter-imperialistas. Esto, otra vez, refleja un nacionalismo de la pequeña Inglaterra: la culpa de los males del mundo siempre recae sobre el imperialismo ajeno.

Es notable que el peligro inmediato de guerra no sea tan formidable como se cree. Aun la crisis que se intensifica no es lo suficiente para obligar a las potencias a chocar abiertamente en una guerra. Como demostramos en el sexto capítulo, los imperialistas aprendieron de la Primera Guerra Mundial que un proletariado *no derrotado* se enfrentara contra sus amos si sufre depredaciones de guerra. La Segunda Guerra Mundial fue segura para la burguesía únicamente cuando el nazismo y el estalinismo habían puesto de rodillas a las masas.

Como es a menudo cierto, las capitulaciones políticas se vinculan a malas teorías. El no entender la debilidad soviética – su dependencia tecnológica de Occidente y su disponibilidad a retraerse de la carrera armamentista – se deriva de la negación de que el capitalismo deformado de la URSS de cualquier forma refleja sus orígenes en el cadáver del estado obrero. Y imaginarse que el impulso del capitalismo consiste en producir valores de uso limita a la IS a no poder ver el porque la carrera armamentista es un problema. Es la ley del valor, la fuga del tiempo de trabajo de los recursos productivos que obliga a los stalinistas a retraerse.

El bukharinismo versus el kautskismo

La visión de la IS sobre la Guerra Fría se vincula muy de cerca a su teoría general del capitalismo del Siglo XX. Esta se basa en la “versión mas vigorosa de la teoría del imperialismo” de Bukharin (comparada a la Lenin). Bukharin postuló que el impulso hacia la estatificación – hacia obsoleto las contradicciones internas y las crisis (primer capítulo); estas fueron reemplazadas por la competencia externa y sobre todo por la guerra, la expansión militar de la competencia internacional. Callinicos observa:

“El análisis de Bukharin, con su visión de un sistema mundial compuesto de capitales estatales militarizados, formaron la piedra angular de nuestra tradición, la teoría de capitalismo de estado en Rusia de Tony Cliff. También está implícita en la explicación de Kidron del boom a largo plazo de los años cincuenta y sesenta como consecuencia de la

economía armamentista permanente; de hecho, una versión embrionaria de este análisis se encuentra en el libro sobre Rusia de Cliff”.

Bukharin fue de hecho el predecesor teórico de la IS. El también denominó su teoría del trust capitalista de estado monolítico – “capitalismo de estado” – debido a sus relaciones de comercio exterior en los mercados internacionales y las relaciones de clases entre el proletariado y la burguesía. Cliff también está de acuerdo con Bukharin en su oposición a la industrialización del 1928-29 – basándose en que cualquier acumulación de capitales en un país atrasado puede establecer una nueva clase dominante. La alternativa por la cual luchó Trotsky y la Oposición de Izquierda fue por un impulso de industrialización destinado a preservar los avances sociales de los trabajadores. Al rechazar esta estrategia junto al stalinismo, a Cliff le queda solo una alternativa; el crecimiento a corto plazo de Bukharin a favor de una economía basada en el campesinado (Tercer capítulo).

Callinicos presenta una crítica parcial de la teoría de un capitalismo de estado sin crisis de Bukharin. Bukharin, mantiene Callinicos, no vio la posibilidad de crisis económicas debido a que pensaba que la planificación centralizada bajo el capitalismo de estado eliminaría las desproporciones económicas. Por el contrario, responde Callinicos, otra tendencia del desarrollo capitalista es la creciente internacionalización de la producción que obliga a las potencias a intensificar la competencia de los unos con los otros – de esta manera restaurando el impulso hacia las crisis. Callinicos no entra en disputas con la eliminación de contradicciones internas de Bukharin; está de acuerdo con que “este capitalismo de estado pueda sobreponerse a esta desproporción entre la producción y el consumo”. El objeta a la restricción de las contradicciones internas a la expansión militar y de guerra de Bukharin. Similar a su enmienda a Cliff sobre el proletariado soviético (Quinto capítulo), este tratamiento no arregla el problema principal.

Una alternativa fue ofrecida por Nigel Harris del SWP británico. Donde Bukharin y sus discípulos modernos eliminaron las contradicciones *internas* pero hicieron hincapié en el rol del estado en la competencia internacional, Harris sugiere que los capitalismo de estado y su rivalidad *internacional* están condenados. Generalizando a partir del éxito de algunos países tercermundistas en su expansión industrial al participar en los mercados mundiales – y no buscando escaparse de los mismos como en el modelo stalinista de independencia económica – concluye Harris:

“Lo mas exitoso que fueran los gobiernos de los países de nueva industrialización en la persecución del crecimiento, mientras mas poderoso el capital privado domésticamente y mientras mas integrado a los mercados externos y al capital mundial en el extranjero, mas declinaba el poder del gobierno para moldear la economía domestica... Los cambios en tanto los países de nueva industrialización como de los más desarrollados por lo tanto prometen de este modo la continúa erosión de los fundamentos del poder económico de los estados bajo cuestión, las bases de cualquier reavivamiento del capitalismo de estado. La privatización y sus bases teóricas en la economía neoclásica – fue el reconocimiento ideológico y practico de este nuevo orden mundial emergente”.

Es decir, debido al creciente poder del capital privado en los países más fuertes tercermundistas, el mismo estado ya no juega un rol necesario en la acumulación. Más aun, esto es cierto generalmente en el capitalismo: el rol del estado es únicamente en proveer apoyo. La intervención directa del estado en la economía, como demuestra el ejemplo podrido stalinista, es improductivo y irracional desde el punto de vista del capital. Pero si esto fuese cierto, observa Callinicos, entonces la rivalidad militar entre países declinaría. Harris está de acuerdo de forma renuente: “Una de esas fuentes de optimismo es el debilitamiento del impulso hacia la guerra, al convertirse un tanto desasociados los capitales y los estados, se debilitan un tanto las presiones hacia la guerra mundial”.

Por supuesto, desde que la guerra es una función de los estados, bajo el esquema de Harris el militarismo no puede ser la forma primaria tomada por la competencia capitalista. La teoría de Harris, por lo tanto, es un reto indirecto al cliffismo. Para Callinicos el problema radica en el unilateral “tratamiento de la integración global del capital como un resultado dado” de Harris. Eso es cierto, pero de nuevo su crítica se queda corta al nombrar las cosas por sus propios nombres: Harris (junto a Binns, como viéramos anteriormente) abandona al bukharinismo a favor del kautskismo, la teoría de un capitalismo “ultraimperialista” internacional capaz de eliminar el impulso del sistema hacia la guerra (Segundo capítulo).

El bukharinismo y el kautskismo no son muy distintos. Kautsky mantenía que el ultraimperialismo era posible y, por lo tanto, que las crisis y conflictos pueden ser eliminados a nivel internacional. Bukharin pensaba que el ultraimperialismo era imposible pero sin embargo veía a las crisis removibles a nivel nacional. La distinción no es fundamental: en la historia del capitalismo, el monopolio ha reemplazado la etapa de capitales pequeños únicamente para convertirse competitivo así mismo y lo mismo es cierto para los capitales nacionales. La ley del valor siempre reaparece entre y desde el interior de los bloques cada vez más grandes de capitales.

La teoría de Kautsky no se contrapone a de Bukharin sino que la amplía. La versión de Kautsky es más consistente en que él llega a una conclusión lógica a partir de la premisa de que las crisis pueden ser eliminadas: el capitalismo se puede tornar pacífico. La teoría de Bukharin esta más en sintonía con el penetrante nacionalismo que es inherente al capitalismo. Ambas son teorías de sistemas terceristas que plantean una sociedad de clases colectivista como sucesora a la capitalista; ambas son, por lo tanto, predecesores teóricos de algún valor para los Socialistas Internacionales (SI). Estas raíces, junto a la política que racionalizan, demuestran que la tendencia SI no es una alternativa a la “ortodoxia” para restablecer la tradición trotskista.

2. La teoría de los estados obreros deformados

Un rasgo definitorio del “trotskismo ortodoxo” ha sido su concepción de los nuevos estados stalinistas. La invención de la teoría de los estados obreros deformados en Oriente está relacionada muy de cerca a la adaptación a fuerzas reformistas y de clase media en Occidente.

La teoría fue originada a finales de los años cuarenta, cuando se transformó la Europa oriental bajo dominio ruso para aproximarse al modelo soviético en la política y en la economía. Las viejas burguesías fueron derrotadas, las industrias nacionalizadas y las relaciones capitalistas aparentemente abolidas – sin una revolución de la clase trabajadora. Los partidos comunistas, que de acuerdo a Trotsky marchaban hacia el reformismo, ahora parecían capaces de destruir a la burguesía en vez de preservarla. La vieja teoría del stalinismo era patentemente inadecuada, y algo tenía que ocurrir.

Las “democracias populares”

La cuestión central a resolverse fue el carácter de clases de los nuevos estados stalinistas. Los trotskistas que creían que la URSS era todavía un estado obrero fueron obligados a concluir que los nuevos sistemas eran lo mismo. Pero no fue fácil aceptar que el stalinismo había creado estados obreros; se tenía que derrotar gran cantidad de patrimonio marxista. Como James Cannon, el dirigente del SWP norteamericano diría:

“Yo no creo que se pueda cambiar el carácter de clases del estado con manipulaciones desde arriba. Solo se puede lograr mediante una revolución que es seguida por un cambio fundamental en las relaciones de propiedad. ... Si uno comienza a jugar con la idea de que la naturaleza de clases del estado es capaz de cambiarse por manipulaciones de círculos de poder, se abre la puerta a toda clases de revisiones de la teoría básica”.

Pero la puerta ya había sido abierta a través de adaptaciones a los programas de clase media de democracia y nacionalismo – y acomodados a reformistas en los sindicatos. En términos puramente lógicos, la Cuarta Internacional (CI) podía haber razonado de otra manera: es decir, el hecho de que los satélites soviéticos se habían transformado desde arriba hubiese probado que no eran estados obreros – y por lo tanto, la Rusia soviética no lo era tampoco. De hecho, al principio la CI insistió que los nuevos estados stalinistas podían ser únicamente capitalistas. Con buena razón: muchos capitalistas en Europa oriental todavía mantenían su propiedad, los viejos parlamentos habían sido revividos, y los políticos burgueses estaban en los gobiernos (¡como algunos dirigentes fascistas, y en Rumania, el rey!)

Los gobernantes stalinistas hasta adoptaron una terminología burguesa formal para sus estados: “democracias populares” en Europa oriental y “la nueva democracia” en China. Aunque estos títulos burgueses fueran cosméticos, indicaban el propósito de Stalin de mantener a los satélites como estados cuyas relaciones de clases subyacentes fueran capitalistas. También reflejaban su deseo de mantener una alianza internacionalmente con fuerzas burguesas que había caracterizado al stalinismo desde los años treinta.

Ernest Mandel insistió correctamente por un tiempo que “Continuaremos, hasta que tengamos suficiente prueba de lo contrario, considerando como absurdo las teorías de un... estado obrero degenerado instalado en un país donde no ha habido previamente una revolución proletaria”. En polémica contra la teoría de Shachtman de que los estados stalinistas eran colectivistas burocráticos y, por lo tanto, no capitalistas. Mandel se mofaba, “¿Piensa que realmente la burocracia stalinista ha logrado derrocar al capitalismo en la mitad de nuestro continente?” ¡Shachtman otra vez se encuentra en una posición poco envidiable de tener que compartir sus

visiones con el stalinismo!”

A principios del 1948 los comunistas se habían tragado a los otros partidos obreros, expulsado a sus socios de coalición burgueses y completado la nacionalización de las industrias principales. A esas alturas existían muy pocas diferencias en formas de propiedad entre Europa oriental y la URSS. Aun así la CI no cambió su análisis. Su posición que mantenía que la Unión Soviética era un estado obrero mientras que los otros eran capitalistas era inherentemente inestable, demostrando que su teoría era muy frágil para confrontar los verdaderos cambios del mundo.

Entonces cuando la Yugoslavia de Tito fue expulsada de la fraternidad stalinista, la CI abandonó su teoría de un día para otro y declaró a Yugoslavia tanto proletaria como revolucionaria. Para 1951 la contradicción se resolvió mediante la fórmula del dirigente de la Internacional, Michel Pablo: los países de Europa oriental fueron todos redefinidos como estados obreros – no degenerados como la URSS, sino “deformados”, debido a nunca habían sido estados obreros genuinos.

Las advertencias de Cannon fueron acertadas, aunque él también se puso de acuerdo con Pablo. La creación de un estado obrero no es únicamente materia de formas económicas; es el resultado de una revolución social que entrega el poder estatal a las manos de la clase trabajadora. Ya que inaugura el periodo de transición al comunismo, es de hecho una revolución *socialista*. Y debe ser un logro *consciente* de los trabajadores, (es decir, requiere la dirección de un partido revolucionario): como hemos visto, la tarea de un estado obrero consiste en luchar contra las presiones del capitalismo y sus leyes, contrario a la revolución burguesa que se sobrepone a las restricciones de la operación de la ciega ley del valor. Al afirmar que la revolución socialista fue una tarea llevada a cabo por los stalinistas pequeño burgueses posterior al aplastamiento de los esfuerzos propios de los trabajadores, la teoría pablista de “estados obreros deformados” puso patas arriba al marxismo.

Sobre la cuestión de la fecha

Una dificultad específica que nunca fue resuelta por la CI fue la determinación de la “fecha” del cambio revolucionario. Cuando exactamente se llevaron a cabo estas revoluciones socialistas: ¿en 1944-45 durante las conquistas stalinistas o en 1947-48 cuando las viejas burguesías fueron expulsadas del poder? Cualquier alternativa conducía a unas dificultades insuperables.

Señalar la fecha revolucionaria en 1947-48 o más tarde mantiene que la transformación social mantuvo al aparato estatal sin cambios, ya que los stalinistas controlaban las fuerzas armadas y la burocracia estatal tanto antes como posteriormente. Esto contradice directamente el principio marxista de que el estado es el órgano de la clase dominante; el mismo estado no puede primero servir a una clase dominante explotadora, para luego participar en el derrocamiento de los gobernantes y para luego terminar sirviendo a la clase trabajadora anteriormente explotada. Aun si aceptamos por aquello de la argumentación que los stalinistas mantuvieron el poder estatal “a favor” de los trabajadores, esto todavía significaría que el poder de clases fue transformado pacíficamente sin ningún cambio en el estado, ya que los stalinistas habían gobernado previamente “a favor” de la burguesía.

Tal teoría le hace eco al método revisionista de Bernstein, y no consiste de una formalidad abstracta. El principio que viola ha sido la delimitación histórica entre la reforma y la revolución, una lección pagada con la sangre de millones de trabajadores. Fue aprendida por Marx y Engels de la experiencia del fracaso de la Comuna de París a aplastar la maquinaria del estado burgués. El punto era tan fundamental que los condujo a enmendar al Manifiesto Comunista: “Una cosa fue especialmente probada por la Comuna”, escribieron en el prólogo de la edición alemana de 1872, “que la clase obrera no puede simplemente tomar la maquinaria estatal en pie y enarbolarla para sus propios propósitos”. Pero eso fue precisamente lo que la nueva teoría mantiene que el partido stalinista hizo en nombre de la clase trabajadora.

Tal teoría también implicaría que la Revolución Rusa no había creado un estado obrero hasta por lo menos un año posterior a la Revolución Bolchevique. Debido a que no fue hasta tarde durante 1918 que la propiedad industrial de la burguesía fue nacionalizada, y únicamente en un limitado territorio controlado por el Ejército Rojo. Por supuesto, ningún análisis marxista de la URSS jamás ha hecho tal reclamo, ya que es innegable que la clase trabajadora tomó el poder estatal en 1917.

Por otro lado, si la fecha de la revolución de Europa oriental se establece en 1944-45, entonces las fuerzas stalinistas se convierten en agentes de la revolución proletaria en el mero momento cuando aplastan al movimiento de las revueltas obreras. En la realidad, en ese periodo de tiempo Stalin titubeó en romper con los Aliados imperialistas y las burguesías locales por varias razones: estaba esperanzado en mantener la alianza de tiempos de guerra, posterior al acuerdo con Churchill (Sexto capítulo); y la clase trabajadora todavía no había sido derrotada en su totalidad. Así es que el cambio social stalinista ocurrió más tarde. Como había notado Trotsky, la propiedad nacionalizada sería una tentación muy grande para dejar al alcance de un movimiento obrero activo sin derrotar.

Una dificultad adicional en ver la revolución socialista en 1944-45 consiste en que en dos regiones originalmente ocupadas por las fuerzas armadas soviéticas, Finlandia y Austria oriental, las tropas fueron sacadas más tarde. Si la ocupación militar soviética por sí misma significaba revolución proletaria, entonces estos territorios se hubiesen restaurado pacíficamente al capitalismo luego de haber sido estados obreros. Una contrarrevolución social pacífica viola la teoría marxista tanto como una revolución social pacífica.

En cualquiera de los dos casos, ponerle la etiqueta proletaria a los estados stalinistas significa que la transformación socialista se puede lograr sin derrocar al estado burgués – el punto de referencia del reformismo. No es de sorprendernos que las diferentes alas del pablismo (utilizamos este término para todos los que aceptan la teoría de los estados obreros deformados) se han visto obligados a crear una serie sin fin de racionalizaciones en lugar de una teoría. No son capaces de decidir *que* estados son estados obreros deformados – aun dentro de la misma organización internacional. No es de sorprendernos, que décadas más tarde, que tantos pablistas (o “defensistas” soviéticos, como prefieren autodenominarse) reconozcan que todavía existen profundos problemas en su explicación de las transformaciones.

La “solución” de Pablo tuvo un antecedente interesante, la minoría en el SWP norteamericano dirigida por James Burnham y Joseph Carter en 1937 (anterior a la escisión de Shachtman). Burnham y Carter argumentaron que la URSS ya no era un estado obrero ni tampoco un estado burgués – pero como se basaba en la propiedad nacionalizada, era todavía socialmente progresista y debería ser defendida contra el capitalismo imperialista. Su método consistía en otorgarle un estatus progresista a un estado basado en la propiedad nacionalizada sin importar su naturaleza de clases, pasando por alto la realidad dialéctica de los logros proletarios, incluyendo la forma de propiedad estatal, que podía ser utilizada contra los trabajadores por sus explotadores. Los pablistas aceptaron este error y fueron mas allá: tal estado no era únicamente progresista sino por igual automáticamente proletario.

Al adoptar la posición del estado obrero deformado, la CI no hizo ningún intento visible para clarificar sus implicaciones. No repasó su propio análisis previo – análisis sobre Europa oriental como capitalista. Dejó el terreno abierto, para debates posteriores sobre si los partidos comunistas ya no eran stalinistas debido a sus avances revolucionarios, o si habían sido presionados por la lucha proletaria. Y cuando nuevas situaciones revolucionarias surgieron, la teoría falló en su totalidad. Diferentes alas de la CI y sus grupos sucesores no fueron capaces de ponerse de acuerdo sobre cuando China se convirtió en un estado obrero, algunos manteniendo que la transformación social fundamental ocurrió con la revolución de 1949, otros a mediados de los años cincuenta cuando la propiedad fue totalmente estatificada. Aun décadas mas tarde los problemas teóricos permanecían sin resolverse. Posterior a la Revolución Nicaragüense de 1979, el Secretariado Unificado de Mandel reconoció que el estado dirigido por los sandinistas era todavía capitalista. Seis años más tarde cambio de opinión, con su mayoría afirmando que la revolución había creado un estado obrero. Una teoría que no le permite a sus practicantes a pasar por alto o negar cada “revolución socialista” desde la Segunda Guerra Mundial no se puede recomendar como una guía a la acción.

Se le ocurrió a una rama desviada del “trotskismo ortodoxo”, a la tendencia Spartacists (Espartaquista), cortar a través de la cuestión de la fecha y expresar la esencia anti-marxista de la teoría pablista. Para ellos, los países de Europa oriental entre 1944 y 1948 eran estados *indeterminados* (o tal vez, no eran *ni siquiera estados*), debido a que los regimenes en el poder no estaban comprometidos ni con las formas económicas capitalistas o socialistas; Nicaragua estuvo en el mismo limbo durante nueve años (por lo menos) posterior a 1979. La teoría de la indeterminación de los Spartacists esta muy bien denominada: es totalmente incapaz de predecir que formas de propiedad los gobernantes stalinistas adoptaran. Por supuesto, la idea de un estado neutral con relación a las clases o independiente de las clases (o un no estado) de una duración mayor a un instante histórico – en esta época de conflictos revolucionarios – es absurdo tanto en teoría como en la realidad. Y es centrista hasta la medula: permite a sus responsables cruzar la línea de clases y ofrecerle apoyo a un régimen “sin clases”. Como observará Trotsky, la “definición no-marxista de la URSS como un estado no obrero y no burgués abre las puertas a toda clase de conclusiones”.

El dilema pablista de explicar la expansión stalinista *contra* la clase trabajadora deja de ser un

problema una vez que los marxistas entienden que la URSS postguerra era capitalista: y que sus copias también eran capitalistas. Al arrebatárle el poder estatal a los nazis y a sus marionetas, los stalinistas llevaron a cabo revoluciones políticas y no sociales, cambiando los regímenes por la fuerza mientras mantenían las relaciones de producción capitalistas. Cumplieron con la tarea en dos etapas. Primero mantenían a elementos burgueses como sus socios pero una vez los trabajadores fueron suprimidos y aumentó la presión del imperialismo occidental, utilizaron su monopolio de la violencia oficial para defender los capitales nacionales y limpiar la casa. Esta interpretación es conforme a la historia real del periodo en vez de evadir o distorsionarla para depositarla en un estrato teórico imaginario.

El “gobierno obrero”

Los teóricos pablistas reclaman que su teoría se basa en el análisis de Trotsky, a pesar de que Trotsky caracterizaba al stalinismo como una fuerza pequeña burguesa y contrarrevolucionaria. El reclamo a la ortodoxia se basa a menudo sobre una interpretación torturada de pasajes del programa de transición sobre la consigna “gobiernos obreros y campesinos”.

Durante la Revolución Rusa, los partidos mencheviques y social revolucionarios se habían unido al burgués gobierno provisional. Los bolcheviques exigían que rompieran con los liberales y tomaran el poder en sus manos. Si esto hubiese ocurrido, los partidos pequeño burgueses hubiesen creado “un gobierno de trabajadores y campesinos, es decir, un gobierno independiente a la burguesía”. Pero no se atrevieron tomar el poder en sus manos por temor a debilitar mas aun el dominio capitalista: el gobierno “obrero” y “campesino” creado por ellos solo hubiese acelerado y facilitado el establecimiento de la dictadura del proletariado”.

Es decir, el propósito de la táctica de Lenin fue poner a los mencheviques en el poder para que su sumisión al capitalismo fuese visible ante los ojos de todos. Con palabras que utilizo años mas tarde, Lenin le ofreció apoyo crítico “como la soga apoya a un ahorcado”. Trabajadores menos avanzados que creían al principio que los avances reformistas (*el cambiar el gobierno*) le darían respuesta a sus demandas entonces serian ganados al programa revolucionario para derrocar al *estado* burgués (y a todos los gobiernos). Mediante la consigna del gobierno obrero, los revolucionarios serian capaces de probar la incapacidad de los partidos pequeño burgueses para cumplir las necesidades de las masas, si se atrevían a tomar el poder o no.

Trotsky estaba de acuerdo con la utilización táctica de la consigna del gobierno obrero como una demanda sobre los dirigentes de los partidos obreros en las condiciones de crisis de los años treinta. Tal gobierno solo puede ocurrir bajo condiciones revolucionarias, ya que seria un reto de vida o muerte para la burguesía – expulsando a la clase gobernante del gobierno de su propio estado. Y aun así, tendría una existencia ligera y pasajera: o conduce a una revolución obrera o es derrotado y el orden burgués es restaurado de forma sangrienta.

Los pablistas insisten que la posición de Trotsky significa que el stalinismo era capaz de lograr la tarea proletaria de revolución socialista aunque el menchevismo no fue capaz. Aquí el pasaje que citan como evidencia:

“¿Es posible la creación de tal gobierno por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia previa demuestra... que sería lo más altamente improbable. Sin embargo, uno no puede negar categóricamente de antemano la posibilidad teórica que, bajo la influencia de circunstancias completamente excepcionales (como la guerra, la derrota, el crash financiero, la presión revolucionaria de las masas, etc.) los partidos pequeño burgueses incluyendo a los stalinistas pueden ir mas lejos en la vía de lo que ellos mismos desean para romper con la burguesía. En cualquier caso una cosa no se puede dudar: aun si esta variante altamente improbable en algún momento se convierta en una realidad y el ‘gobierno obrero y campesino’ en el sentido mencionado mas arriba se establezca como un hecho, representaría meramente un corto episodio en el camino hacia la verdadera dictadura del proletariado”.

La lectura “ortodoxa” de este pasaje es que los stalinistas (o socialdemócratas) pueden crear un gobierno obrero y entonces encontrarse obligados a establecer un estado proletario. Esto es alegadamente lo que ocurrió en el periodo 1945-48: los regimenes conjuntos de stalinistas y burgueses fueron “gobiernos obreros” en vías a convertirse en estados obreros.

Pero eso no se asemeja en nada a lo que escribe Trotsky en el pasaje. El sí dice que los stalinistas, contrario a los mencheviques en 1917, podían verse obligados a asumir el poder “independientemente de la burguesía” – es decir, sin partidos burgueses en el gobierno – y que tal paso ayudaría a llevar acabo el estado obrero. Pero esto no significa que los *stalinistas* llevarían acabo la revolucion socialista. Por el contrario, la analogía explicita de Trotsky a la consigna de Lenin de 1917 (“el sentido arriba mencionado”) demuestra que Trotsky señala hacia lo opuesto. Si la inhabilidad de los stalinistas y reformistas a romper con el capital se desenmascara, los revolucionarios podían ganar el liderato de los trabajadores y la revolución socialista entonces se llevaría acabo – contra *ellos*. Es por esa razón que llevarlos al poder “representaría meramente un corto episodio” en vías a la revolución socialista: entonces bastaría con su derrocamiento para realizar la revolución.

Más aun, ya que poner a los stalinistas en el poder no conduce a que lleven acabo la revolución socialista, y quiere decir mucho menos que los stalinistas en el poder *ya* significa la dictadura proletaria. Lo que es “meramente un corto episodio en la vía” no significa la cosa misma; el “episodio corto” termina con la revolución proletaria. La consigna del “gobierno obrero y campesino” es una táctica revolucionaria, y no un atajo para circunvalar la revolución.

Los pablistas desarrollaron mas aun la evasiva del “gobierno obrero”, utilizándola para sugerir que las tomas de poder de los stalinistas pasaron por una etapa donde el estado era momentáneamente ni burgués o ni proletario. Sobre 1943, ellos escribieron retrospectivamente, que en esas áreas donde el partido comunista yugoslavo había tomado el poder, “esas partes de Yugoslavia habían cesado de ser un estado burgués; bajo un gobierno obrero y campesino se había avanzado hacia el logro final de la revolución proletaria”. Únicamente a finales del 1945, cuando los últimos ministros burgueses habían abandonado al gobierno central, se podía decir que entonces “la transición entre el gobierno obrero y campesino y la dictadura del proletariado se había completado”. En este caso el gobierno obrero era evidentemente algo entre un estado burgués y un estado obrero en el espíritu de de Burnham y Carter, una manera muy accesible para evitar las dificultades inherentes en escoger el momento histórico específico de la alegada

revolución obrera.

Trotsky les había dado una respuesta muy clara y concisa a los teóricos del Comintern, a los antecesores de los pablistas, que insistían en una etapa intermedia anterior a la revolución socialista. Escribiendo sobre la Revolución Española en 1931 él les dijo:

“Esta gente sueñan con un proceso de transformación evolutivo desde una revolución burguesa a una socialista, a través de una serie de etapas orgánicas, disfrazadas bajo diferentes seudónimos: el Koumintang, la ‘dictadura democrática’, la revolución ‘obrero campesina’, la ‘revolución popular’ – y lo que es mas importante, el momento decisivo en este proceso en el cual una clase le arrebató el poder a la otra se disuelve sin notarse...”

“No es el poder burgués que crece hasta convertirse en uno obrero campesino y entonces en el poder proletario; no, el poder de una clase ‘no crece hasta convertirse’ en el poder de otra clase sino es arrebatado de la misma con fusil en mano. Pero posterior a la toma del poder de la clase trabajadora, las tareas democráticas del régimen proletario inevitablemente crecen hasta convertirse en tareas socialistas. Una transición orgánica evolucionaría desde la democracia al socialismo es únicamente concebible bajo la dictadura del proletariado. Esa es la idea central de Lenin”.

Esa idea central fue violada por aquellos que trataban de encontrar un régimen proletario donde no existía ninguno.

La revolución burocrática

Otra justificación para el reclamo a la legitimidad trotskista del pablismo tiene que ver con los eventos de 1939, cuando el Ejército Rojo tomó la mitad de Polonia en conjunto a la invasión alemana e incorporó el territorio a la URSS. Trotsky todavía consideraba a la Unión Soviética como un estado obrero y vio la incorporación como una extensión de la revolución socialista. Sin embargo, rechazó como indigna la visión atribuida a él de que la burocracia stalinista era una agencia revolucionaria:

“Mi comentario de que el Kremlin con sus métodos burocráticos le imprimió un impulso a la revolución socialista en Polonia se convierte con Shachtman en una afirmación de que en mi opinión es presumidamente posible una ‘revolucion burocrática’ del proletariado. Esto no es únicamente incorrecto sino también desleal. Mi expresión fue rígidamente limitada. No es una cuestión de ‘revolucion burocrática sino de un impulso burocrático. Negar este impulso es negar la realidad. Las masas populares de la Ucrania occidental y Bielorrusia, de cualquier manera, sintieron el impulso, entendieron su significado y lo utilizaron para lograr un cambio drástico en las relaciones de propiedad”.

Trotsky aquí le acreditó el cambio a las masas, y no a los stalinistas. Su entendimiento sobre la naturaleza contrarrevolucionaria del stalinismo lo condujo a negar que los mismos stalinistas fueran capaces de lograr un cambio revolucionario en las relaciones de propiedad. Sin embargo, un par de meses anterior a esta afirmación había escrito:

“Es cierto que en las regiones ocupadas el Kremlin procede a expropiar a los grandes

propietarios. Pero esto no constituye una revolución lograda por las masas, sino una reforma administrativa, diseñada para extender el régimen de la URSS hasta nuevos territorios. Mañana, el Kremlin aplastará sin misericordia a los obreros y campesinos en las áreas ‘liberadas’ con el propósito de someterlos a la burocracia totalitaria”.

Trotsky parece indeciso entre acreditarle el cambio revolucionario a las masas y negarle el carácter revolucionario a los actos stalinistas. La contradicción en su valoración se puede resolver únicamente reconociendo que el derrocamiento de la vieja burguesía y su propiedad constituía una revolución política, que reemplazaba una forma de propiedad capitalista por otra.

De hecho, parece dudoso que la transformación de la propiedad privada a estatal en 1939 fuese lograda por una masa mayoritariamente campesina en los territorios polacos orientales. Hubo un levantamiento social mayor – incluyendo saqueos y expulsiones por grupos ucranianos y bielorrusos de campesinos y milicias de aldeas, parcialmente sobre bases clasistas pero también nacionales; siendo las víctimas principales los colonos polacos. También hubo expropiaciones y saqueos de parte de las fuerzas soviéticas, tanto de los grandes terratenientes como de los campesinos ordinarios, trabajadores, y otros residentes urbanos. Finalmente, hubo expropiaciones de terratenientes por las autoridades soviéticas. El caos inspirado por la guerra en general, y la conquista soviética en particular, tuvo un carácter mixto y ambiguo, combinando elementos de clases, nacionales y de bandidaje.

En contraste, en los países bálticos ocupados por los soviéticos en 1940, la clase obrera era uno de los elementos poblacionales principales; allí los stalinistas no se atrevieron a arriesgarse a arrebatar la propiedad hasta que su poder había sido establecido de forma segura después de la Segunda Guerra Mundial.

En cualquier caso, los eventos de postguerra en Europa oriental fueron muy diferentes a partir de 1939. Entonces hubo arrebatos de propiedad burguesa en masa, inspiradas en la derrota nazi. Pero las victoriosas fuerzas stalinistas revirtieron los cambios revolucionarios obreros, restauraron a secciones de la vieja burguesía para compartir el poder con ellos – y lograron la estatificación total solo más tarde, luego de haber suprimido a todas las acciones de la clase obrera. La victoria de Rusia, de hecho, le imprimió un impulso “a las masas, pero la toma del poder por los stalinistas se basó no en seguir ese impulso sino en aplastarlo. En una obra maestra de evasión política, Joseph Hansen, un dirigente del SWP norteamericano que porta una responsabilidad enorme por la teoría pablista, rechazó el análisis histórico concreto a favor de un emborronamiento:

“Ahora, si no demarcamos de forma hermética y metafísica – las líneas entre varias etapas de este proceso en Europa oriental, sino para propósitos teóricos lo consideramos en su totalidad, es decir, considerar el periodo completo entre el momento en que el Ejército Rojo entró a estas tierras aledañas a la URSS en combate contra con los ejércitos alemanes como un ‘momento’, un episodio de la historia mundial, ¿Qué es si no una revolución social comenzada por las masas bajo la influencia de la Unión Soviética y deformada por la contrarrevolución política conducida por el Kremlin?”

La diferencia entre una revolución obrera y una contrarrevolución que la aplasta es “metafísica” únicamente para personas que ven a un “estado obrero” como la encarnación de formas de propiedad estructurales en vez de relaciones de clases. La misma negación de demarcar “líneas divisorias metafísicas” caracteriza a legiones de historiadores burgueses que consideran al estado soviético de los días de Lenin y el imperio de Stalin como la misma monstruosidad totalitaria.

Desafortunadamente, la insistencia principista de Trotsky de que las transformaciones sociales requieren de revoluciones de masas fue probada únicamente de forma negativa después de la guerra. Entonces las tomas de poder stalinistas fueron precisamente las “revoluciones burocráticas” que él negó anterior a la guerra. Reclamar la autoridad de Trotsky para denominarlas revoluciones socialistas – en unos tiempos, que además, cuando la historia específica de las medidas contrarrevolucionarias anti-proletarias habían sido claramente establecidas – no es únicamente “incorrecto y desleal” sino también engañoso.

La teoría de Hansen por lo menos tenía el mérito de tratar de encontrar algún contenido proletario en el nacimiento de los “estados obreros deformados”. Subsiguientemente, la CI le negó el rol proletario, una posición más certera históricamente pero un tanto más cínica con relación a la teoría marxista. La resolución sobre la Europa oriental de la Tercer Congreso Mundial en el 1951 admitió que “los estados no han surgido por acción revolucionaria de las masas sino mediante la acción militar burocrática de la burocracia soviética, gracias a circunstancias excepcionales creadas por la última guerra...”. Lo que no se admite, sin embargo, es que las conquistas stalinistas requirieron una gran derrota de la clase trabajadora. Por lo tanto, la CI se mantuvo reclamando que una nueva sociedad progresista había sido creada por el stalinismo. La puerta fue dejada completamente abierta para revisiones totales de los principios básicos y para una adaptación cínica a la política clase media.

Trotsky sobre China

Era posible interpretar de forma desleal a Trotsky sobre los eventos de la post Segunda Guerra Mundial debido a que para ese tiempo ya estaba muerto. Pero estaba vivo durante una situación paralela, la creación de los “gobiernos soviéticos” en las áreas de China gobernadas por el Partido Comunista Chino (PCC) durante los años treinta. Esto presenta una prueba adicional clara de la teoría de los estados obreros deformados. ¿Cuál era el carácter de clases de esos estados? ¿Eran estados obreros, o en un sentido destinados a convertirse en estados obreros cuando el PCC conquistara a la China continental en 1949? ¿Si lo eran, porque Trotsky no tomó nota de tan significativo hecho?

De hecho, Trotsky discutió las áreas gobernadas por el PCC y rechazó la idea de que se podían considerarse proletarias o genuinamente soviéticas, debido a que la clase obrera no había estado involucrada. Ya para los años treinta, el PCC bajo Mao había abandonado sus anteriores bases proletarias en las ciudades y había cifrado sus esperanzas en el movimiento campesino en áreas gobernadas por el Ejército Rojo. Trotsky escribió:

“La prensa stalinista está repleta de comunicaciones sobre un ‘gobierno soviético’ establecido sobre vastas provincias de la China bajo la protección del Ejército Rojo. Los

trabajadores de muchos países saludan estas noticias con mucho entusiasmo. ¡Por supuesto! El establecimiento de un gobierno soviético en una parte considerable de China y la creación de un ejército rojo chino serían un gigantesco éxito para la revolución internacional. Pero debemos declarar abiertamente y claramente: *esto no es cierto aun.*”

“A pesar de la poca información que nos llega..., nuestro entendimiento marxista del proceso en desarrollo nos permite rechazar con bastante certidumbre la visión stalinista de los eventos corrientes. Es falso y extremadamente peligroso para el desarrollo ulterior de la revolución. ...”

“Cuando los stalinistas hablan sobre un gobierno soviético establecido por los campesinos en una parte considerable de China, ellos no solamente revelan su credulidad y superficialidad; ellos oscurecen y mal representan el problema fundamental de la revolución china. El campesinado, aun el más revolucionario, no es capaz de crear un gobierno independiente; son únicamente capaces de apoyar al gobierno de otra clase, el de la clase urbana dominante.”

“El campesinado en todos los momentos decisivos sigue o a la burguesía o al proletariado. ... Esto significa que el campesinado es incapaz de organizar un sistema soviético propio. Lo mismo es cierto sobre un ejército. Más de una vez en China, y en Rusia, y en otros países, también, el campesinado ha organizado ejércitos guerrilleros que lucharon con coraje y terquedad incomparable. Pero permanecieron como ejércitos guerrilleros, conectados a unas provincias locales e incapaces de llevar a cabo operaciones estratégicas centralizadas a gran escala. *Únicamente el predominio del proletariado en sectores industriales y políticos decisivos del país*, crean las bases necesarias para la organización de un ejército rojo y para la extensión de un sistema soviético al campo. Para los que no entiendan esto, la revolución se mantiene como un libro cerrado con siete sellos”.

La crítica de Trotsky a los soviets campesinos aislados estuvo ausente de un debate sobre Vietnam entre dos facciones del Secretariado Unificado de Mandel a principios de los años setenta. En una respuesta a Pierre Rousset de la tendencia mayoritaria, el SWP escribió:

“Rousset nos dice que el embrión del estado obrero fue creado en las zonas campesinas liberadas – donde no habían trabajadores. Lo que verdaderamente fue creado en embrión en Vietnam, como en China, fue el esqueleto de la jerarquía burocrática que establecería una casta burocrática privilegiada basada en el modelo stalinista soviético una vez ascendieran al poder estatal”.

El punto del SWP consistía que tal casta burocrática gobernaría un estado obrero “deformado” y por ende no a un estado obrero saludable. Existía amplia razón para justificar el término “deformado” pero ninguno para justificar un estado obrero en primer lugar. El argumento pablista común consiste en que el partido comunista representa al proletariado y en el caso chino el PCC fue la fuerza centralizante que hizo posible los ejércitos basados en el campesinado para

triunfar sobre Chiang Kai Shek y la burguesía. Esto, sin embargo, contradice al análisis de Trotsky de que el partido comunista stalinista era un órgano pequeño burgués – sobre todo en China, donde el partido perdía rápidamente sus cuadros proletarios. Por ejemplo, él no pensaba que las “regiones soviéticas” eran proletarias debido al rol del PCC. En 1932 escribió a sus camaradas a la Oposición de Izquierda china:

“Con el propósito de expresar mis ideas mas claramente, permítame bosquejar la siguiente variante, que es muy posible teóricamente.”

“Permítame asumir que la Oposición de Izquierda China va a llevar acabo en el futuro cercano un trabajo amplio y exitoso entre el proletariado industrial y lograr una influencia preponderante sobre el mismo. El partido oficial (el PCC), entre tanto, continúa concentrando todas sus fuerzas en los “ejércitos rojos” y en las regiones campesinas. Llegará el momento cuando las tropas campesinas ocuparan los centros industriales y confronten cara a cara a los trabajadores. ¿En tal situación, de que manera actuaran los stalinistas chinos? “

“No es difícil ver que el ejercito campesino confrontará a los “trotskistas contrarrevolucionarios” de manera hostil. En otras palabras, incitaran a los campesinos armados contra los trabajadores de avanzada. Eso es lo que los eseristas y mencheviques rusos hicieron en 1917; habiendo perdido a los trabajadores, lucharon fuertemente para ganarse el apoyo de los soldados, incitando a los cuarteles militares contra las fabricas, los campesinos armados contra los trabajadores bolcheviques. ...”

La lucha entre las dos facciones comunistas, los stalinistas y los bolcheviques leninistas, de esta manera contienen dentro de si mismos, una *tendencia* interna hacia la transformación a una lucha de clases. El desarrollo revolucionario de los eventos en China puede conducir a esta tendencia a su conclusión, i.e. a una guerra civil entre el ejercito campesino dirigido por los stalinistas y la vanguardia proletaria dirigida por los leninistas.”

“Si ocurriese tal conflicto trágico, debido enteramente a los stalinistas chinos, significaría que la Oposición de Izquierda y los stalinistas han dejado de ser fracciones comunistas y se han convertido en partidos políticamente hostiles, cada cual con una base clasista diferente”.

Ese fue un análisis extremadamente profundo. Trotsky no consideraba inevitable la degeneración de los stalinistas, pero escribió este análisis un año antes de que la capitulación del Comintern a Hitler lo obligara a reconocer que el stalinismo ya no era una corriente proletaria revolucionaria. Los eventos tuvieron como resultado que la Oposición de Izquierda china fue incapaz de lograr la dirección del proletariado, pero los ejércitos stalinistas chinos si confrontaron a los trabajadores de “manera hostil” cuando tomaron el poder en el 1949.

La Cuarta Internacional (CI) esperaba, aun hasta la victoria de Mao, a que no capitulara ante Chiang. (No sin razón: El PCC había apelado a los EE.UU. y atraído un apoyo burgués

significativo debido al bandidaje del Koumintang contra su propia clase.) El errado juicio de la CI se debe en gran parte a la subestimación de Trotsky sobre la fuerza del stalinismo, una fuerza enraizada en sus conquistas y el derrocamiento del estado obrero soviético. Los pablistas concluyeron al principio que el régimen de Mao representaba un “gobierno obrero campesino” en transición a estado obrero, análogo a su teoría para Europa oriental. (El SWP norteamericano no fue capaz de llegar a una conclusión y se tomó varios años para tomar su decisión.)

El termino maoísta para su régimen fue “nueva democracia”, que significa un gobierno “pluriclasista” bajo la dirección del PCC capaz de transformarse pacíficamente a un estado socialista completo. Esta es una variante de “la dictadura democrática del proletariado y el campesinado”, una consigna que Lenin abandonó en 1917 pero que fue revivida por los stalinistas con un contenido de clases muy diferente. El PCC vaciló en proceder con la estatificación de la propiedad hasta que se excluyó la última posibilidad de ayuda imperialista; eso ocurrió con la guerra de Corea. De hecho, la nacionalización estaba más avanzada en el Taiwán de Chiang que en la China continental durante algunos años. (Aun posterior a la estatificación, a muchos burgueses se les permitió retener posiciones cómodas como gerentes de las propiedades que les habían pertenecido en el pasado.) Los aplazamientos del stalinismo tenían la misma explicación que los de Europa oriental: era necesario primero neutralizar a la clase trabajadora.

Subsiguientemente, mientras el PCC mismo insistía que su estado no era proletario, los pablistas decidieron que se *había* creado un estado obrero. Ellos, también, en efecto, habían adoptado la teoría stalinista de la “dictadura democrática”, permitiendo una transición pacífica desde un gobierno obrero (bajo un estado todavía burgués) al socialismo. Trotsky y la Oposición de Izquierda habían expresado más que claramente que esta era una posición imposible para que los marxistas sostuvieran:

“Los stalinistas dicen que la dictadura democrática, como la próxima etapa de la revolución, crecerá hasta alcanzar la revolución proletaria en una etapa superior. Esta es la doctrina del Comintern en el presente, no únicamente para China sino para todos los países orientales (i.e. tercermundistas). Consiste de un total abandono de las enseñanzas de Marx sobre el estado y las conclusiones de Lenin sobre la función del estado en la revolución. La dictadura democrática difiere de la proletaria en que es una dictadura democrática *burguesa*. La transición desde una dictadura burguesa a una proletaria no puede ocurrir como un proceso pacífico de “crecimiento hasta pasar” de una a otra. La dictadura del proletariado puede reemplazar una dictadura democrática o fascista de la burguesía únicamente mediante una insurrección armada”.

Este es el mismo argumento que levantamos mas arriba contra la tesis de los “estados obreros deformados” de Europa oriental. El caso chino aclara no solamente que tal teoría no tiene bases en el pensamiento de Trotsky, si no también que Trotsky había argumentado específicamente contra la misma! Si China en los años cincuenta era capaz de “crecer hasta pasar” desde un gobierno obrero a un estado obrero, ¿porque no eran capaces de hacer lo mismo los “soviets” stalinistas chinos dos décadas antes? Trotsky había rechazado la teoría de los estados obreros deformados cuando la cuestión surgió estando él en vida.

En los años ochenta, el SWP norteamericano abandonó su reclamo al trotskismo y anunció que Trotsky estaba totalmente equivocado sobre los países como China: que había subestimado la capacidad revolucionaria del campesinado (la vieja calumnia stalinista). Esta excesivamente mala y crasa interpretación de Trotsky es implícita en cualquier versión del pablismo; se convierte explícita, desafortunadamente, no únicamente por el SWP en movimiento hacia la derecha sino también por algunos pablistas de izquierda.

El final de la Cuarta Internacional

Una vez que se da el salto teórico en abandono del marxismo proletario, es inevitable la adaptación práctica. Todo nacionalista pequeño burgués, stalinista o no, fue visto capaz por los pablistas de marchar por la vía del estado obrero. Tito fue el primero. Cuando rompió con Stalin debido a sus razones de nacionalismo yugoslavo, la CI no solamente declaró proletaria a la Yugoslavia sino que invitó a los seguidores de Tito a unirse a la CI – como internacionalistas! (En vez, Yugoslavia se alió pronto al imperialismo occidental y apoyó a los EE.UU. en la guerra de Corea.) Este fue únicamente la primera vez que la dirección de la CI fue incapaz de distinguir entre el internacionalismo y el nacionalismo.

El caso concluyente fue la revolución del 1952 en Bolivia. Allí la Internacional tenía una sección obrera con bastante influencia, el POR, que podía haber exhibido un ejemplo bolchevique crucial: Pablo escribió el “poder está al alcance “en Bolivia y Ceilán”. Pero la creciente aceptación de fuerzas nacionalistas revolucionaras no-proletarias los condujo a capitular ante la burguesía “anti-imperialista”, una política que ya se había preparado en el Congreso de la CI en el 1951. *La Resolución sobre América Latina* les hizo un llamado a los trotskistas a participar, “libre de todo sectarismo”, en movimientos nacionalistas populistas de masas tales como el peronismo en la Argentina, el APRA en Perú, y el MNR en Bolivia. Específicamente:

“En la eventualidad de una movilización de las masas bajo el impulso predominante o influencia del MNR, nuestra sección deberá apoyar al movimiento con todas sus fuerzas, no deberá abstenerse sino al contrario intervendrá enérgicamente dentro del mismo con la meta de empujarlo lo mas lejos posible hasta lograr la toma del poder por el MNR sobre las bases de un programa progresista de frente unico anti-imperialista.”

“...si en el curso de estas movilizaciones de masa, nuestra sección prueba estar en una posición de compartir la influencia sobre las masas revolucionarias con el MNR, adelantará la consigna del gobierno obrero campesino de los dos partidos sobre las bases, sin embargo, del mismo programa, un gobierno basado en comités de obreros, campesinos y elementos revolucionarios de la pequeña burguesía urbana”.

Esta fue una estrategia abiertamente menchevique: un gobierno de dos clases colaboracionista de clases de partidos obreros y burgueses. Ninguna sección de la CI se opuso – hasta donde alcanza nuestro conocimiento, únicamente una pequeña fracción del SWP norteamericano se opuso. Cuando la verdadera revolución estalló en 1952 siguiendo las líneas previstas, en el POR se llevo acabo la política de la Internacional. Echando de lado la independencia proletaria y la critica despiadada de todas las fuerzas de clases anti-obreras, escogió en su lugar apoyar la toma del poder por Paz Estensoro y su MNR – que entonces utilizó su poder estatal para preparar la vía

para la reacción. Y la Internacional no hizo nada para corregir la política del POR una vez que se vieron sus resultados en la acción; por el contrario, la alentó.

Lenin había rechazado la Segunda Internacional cuando probó estar en la bancarrota en 1914; cada una de sus secciones apoyó a su propia nación en la guerra imperialista. De igual manera, Trotsky determinó que la Tercera Internacional había muerto en 1933 cuando falla en no protestar contra el colapso del Partido Comunista Alemán ante los ataques de Hitler. De la misma manera, que la Cuarta Internacional murió como organización revolucionaria debido a su inhabilidad de corregir o, por lo menos, protestar contra la traición del POR con sus acciones en Bolivia. (Que algunas organizaciones se autodenominen “La Cuarta Internacional o algún comité dirigente de la misma no es relevante. Los nombres ni significan nada.)

Mientras que la Tercera Internacional había sido tanto una vanguardia como una organización de masas, la Cuarta Internacional fue principalmente una vanguardia frágil. Pero Bolivia fue una excepción. Aunque la CI había capitulado ante el stalinismo y el reformismo anteriormente, esto se había hecho principalmente mediante resoluciones, teorías e ideas. Bolivia fue una prueba decisiva en la práctica, y para los marxistas – materialistas – la práctica es la prueba decisiva. Los trotskistas sobre todo deben entender que los avances de la clase obrera deben ser defendidos hasta que se hayan agotado todas las posibilidades. Es por esa razón que señalamos la fecha de la restauración del capitalismo en la URSS tan tarde como el 1939. De igual manera, señalamos lo más tarde posible el final de la CI: cuando era absolutamente claro en la práctica que el carácter proletario de la organización se había extinguido.

Por supuesto, Bolivia en 1952 no tuvo la misma importancia histórica que tuvo Alemania entre las dos guerras mundiales. La derrota alemana significó un ahogamiento inmediato y masivo de la lucha proletaria a escala mundial como también la destrucción de la Internacional. El fracaso boliviano fue una derrota decisiva para la Internacional, y *en este sentido* también fue un importante revés para el proletariado mundial.

Imaginase lo que una revolución proletaria exitosa hubiese logrado. Levantamientos en masa ocurrieron pronto en Europa oriental, América Latina, Asia y África; las condiciones objetivas existían para una revocación mayor de la historia de los reveses obreros. Una revolución obrera victoriosa aunque fuese en un país pequeño hubiese establecido a la Cuarta Internacional como la dirección revolucionaria proletaria que era tan desesperadamente necesaria en todas estas revueltas. Un estado visiblemente controlado por obreros genuinos hubiese destrozado la creciente cortina de hierro de cinismo que descendía sobre el mundo. Una Bolivia obrera hubiese sobresalido como un faro del proletariado mundial como lo hizo anteriormente el estado obrero soviético revolucionario posterior a la Primera Guerra Mundial.

La capitulación trotskista al stalinismo fue la preparación imprescindible para su derrota en Bolivia. Al fin de cuentas, si los stalinistas pequeño burgueses eran capaces de llevar acabo revoluciones socialistas, ¿por qué no serian capaces también los nacionalistas radicales del MNR? En los años cincuenta, los trotskistas “descubrieron” estados obreros emergiendo a través de Europa oriental y China, Corea, y Vietnam. Aunque algunas veces los denominaban

“deformados”, la mera idea de “estados obreros” creados sin revoluciones proletarias había corrompido las percepciones de la Cuarta Internacional. La CI ya no era capaz de apreciar que hubiese significado una revolución obrera genuina, y cuan diferente hubiese actuado hacia revoluciones similares, y cuan irresistible imagen hubiese presentado a los trabajadores de todas partes.

El colapso de la Cuarta Internacional no significa que su programa se convirtió obsoleto. Por el contrario, su programa fue abandonado. La tarea central de los trotskistas en el presente consiste en re-examinar ese programa y las distorsiones que se hicieron al mismo bajo presión de las derrotas obreras – y recrear a la Cuarta Internacional con un programa actualizado y basado en los fundamentos establecidos en 1938.

La vanguardia pequeñoburguesa

La capitulación de la CI se reflejó en su rompimiento en un bloque de grupos nacionales, cada cual encontrando su versión particular del stalinismo o socialdemocracia para adaptarse. La escisión principal ocurrió en 1953. El ala dirigida por Pablo y Mandel, el Secretariado Internacional buscó enterrarse indefinidamente en los partidos stalinistas y socialdemócratas; el rival Comité Internacional de Cannon (EE.UU.), Healy (Inglaterra) y Lambert (Francia) declararon que se dedicaban a la “ortodoxia” pero sus dirigentes mantuvieron cuidadosamente sus propias satrapías nacionales independientes. Utilizamos los términos “pablistas” y “trotskista ortodoxos” intercambiabilmente: el bloque Comité Internacional “anti-pablista” mantuvo la teoría del estado obrero deformado de Pablo y la condujeron a consecuencias tan malas como cualquiera de las de Pablo o Mandel. Su ortodoxia se puede entender únicamente en el sentido de que Kautsky era un “marxista ortodoxo”: ellos mantuvieron viejas formulas sin desarrollarse y, por lo tanto, no fueron capaces de entender y actuar sobre los cambios revolucionarios del mundo.

Por ejemplo, la disputa decisiva en Francia no fue ni siquiera sobre la cuestión rusa o *si se* rendía la independencia del partido revolucionario – sino sobre *cual* tendencia reformista a seguir: el Partido Comunista y la federación sindical CGT para Pablo, versus la SFIO socialdemócrata y la Force Ouvriere para Lambert. En los EE.UU., el desacuerdo principal entre Cannon y Pablo fue sobre la insistencia de Cannon que no le permitía al centro europeo dictarle al SWP norteamericano que acciones tomar en su territorio nacional. La subsiguiente reunificación de Cannon y Mandel probó únicamente que la escisión original no fue fundamental. El respeto a las fronteras nacionales es también la clave del pacto que mantiene al abiertamente anti-trotskista SWP norteamericano de los años ochenta en la misma “internacional” con Mandel.

Las capitulaciones mas adelante fueron indignantes pero consistentes. Una resolución del Cuarto Congreso Mundial (del ala de Mandel) en 1954 distinguió a China y Yugoslavia como estados obreros no-stalinistas, señalando que “No hacemos un llamado al proletariado de estos países a construir nuevos partidos revolucionarios o a preparar una revolución política”. El Quinto Congreso Mundial en 1957 saludó al nuevo régimen de Gomulka en Polonia cuando asumió el control del partido gobernante., afirmando que “revolución política en Polonia había alcanzado una primera etapa decisiva” – como si un stalinista nacionalista con apariencia populista podía

ser un dirigente obrero genuino. La misma resolución saludó a Gomulka y a Mao por defender el derecho a la huelga, confundiendo (en el mayor de los casos) revoluciones de papel con la realidad. La razón subyacente para este acomodo consistió en que los pablistas ya no eran capaces de ver a los stalinistas como miembros de una clase ajena, sino como compañeros comunistas con desafortunadas tendencias centristas.

Mandel, empeñándose siempre en proveer una cobertura teórica, declaró que “La política global de la burocracia se puede caracterizar, como lo hiciese Trotsky, con la noción del *centrismo burocrático*: por su naturaleza social la burocracia tiende a pasar de un extremo a otro”. Este fue el análisis de Mandel sobre los gobernantes de *todos* los estados stalinistas, y no únicamente de los revolucionarios (en sus tiempos) como China y Yugoslavia. Pero como hemos demostrado en el cuarto capítulo, Trotsky abandonó al “centrismo burocrático” una vez que los stalinistas probaron ser ellos mismos consistentemente contrarrevolucionarios durante la Guerra Civil Española. La cobertura de Mandel es de una floja transparencia.

A través de los años no solamente Mao, Ho Chi Minh y Castro, sino también Ben Bela de Algeria, Pol Pot de Camboya y los sandinistas de Nicaragua han recibido el cetro proletario de la mayoría de las secciones del pablismo. Como una racionalización para otorgarle crédito a elementos pequeñoburgueses por tareas proletarias, la teoría de la revolución permanente ha sido reconstruida – no como una estrategia para la clase trabajadora y su partido revolucionario basado en condiciones objetivas sino como una compulsión de la historia. La actividad y la conciencia proletaria fue reemplazada por un proceso histórico puramente objetivo llevándose acabo a espaldas de los trabajadores: las presiones del imperialismo han obligado a los dirigentes nacionalistas a seguir la vía socialista. En las palabras de Michael Lowy, uno de los principales teóricos mandelistas, “Trotsky y el marxismo clásico en general, subestimaron las potencialidades revolucionarias y la importancia revolucionaria de las secciones radicales de la intelectualidad en las sociedades de la periferia capitalista.

Es la tarea de los reformistas promover la confusión entre el estado obrero y las formas radicales del gobierno burgués con el propósito de despistar a la clase trabajadora y atrasar la revolución. La tarea de los marxistas consiste en decir la verdad y descartar todas las ilusiones. Pero los trotskistas se han “olvidado” repetidamente que el cambio de un gobierno por otro no constituye una revolución socialista, el estado burgués y su poder armado tiene que ser demolido. Por ejemplo, el Secretariado Unificado de Mandel denominó a los nacionalistas del régimen argelino un “gobierno obrero campesino” en los años sesenta, de esta manera ayudando a desorientar a las masas frente al golpe militar del 1965. La ilusiones de los trabajadores militantes chilenos sobre la naturaleza “popular” o socialista del gobierno de colaboración de clases de Allende – y las falacias alentadas por una variedad de pseudo trotskistas – abrió el camino para la matanza a manos de la contrarrevolución de 1973.

Una señal definitiva de la muerte de Cuarta Internacional ha sido la incapacidad de las grandes organizaciones ‘pseudo-trotskistas a construir organizaciones internacionales cohesivas (sin hablar del “partido mundial de la revolución socialista”) durante las oportunidades surgidas por el reavivamiento de movimiento obrero en muchos países desde finales de los años sesenta. El

método cliffista consiste en esperar hasta que existan secciones nacionales fuertes, una política que conduce a un cierto “trotskismo nacional”, construyendo un partido en un país sin una práctica internacional. En aparente contraste, los mandelistas han fabricado una organización multinacional, con prácticas separadas y a menudo en competencia en diferentes países. Esto está vinculado a la teoría de la “revolución permanente objetiva”, que interpreta a los movimientos nacionalistas pequeño burgueses como sustitutos suficientes para el proletariado haciendo innecesario el partido de vanguardia proletario. En el último análisis todas las nociones son reflejos de las derrotas pos Segunda Guerra Mundial del proletariado y el impresionante pero temporero surgimiento del stalinismo a través del mundo.

El pablismo resumido

Mientras que el “estado obrero degenerado” de Trotsky fue un análisis de una realidad contradictoria y altamente temporal, la noción post trotskista de los estados obreros deformados embalsama un momento histórico para una nueva época entera. (Mandel frecuentemente dice que el stalinismo está “congelado” a medio camino entre el capitalismo y el socialismo – ¡durante medio siglo!) El estado soviético degenerado estaba en movimiento en retroceso desde avances que había obtenido alguna vez en vías desde el capitalismo hacia el socialismo; sus compañeros “deformados” alegadamente van en retroceso de posiciones que nunca habían alcanzado. Tienen que haber nacido muertos: esto explica la idea absolutamente no dialéctica de sociedades estacionarias. Reemplaza la revolución permanente del proletariado con la contrarrevolución permanente de la burocracia.

El colapso del stalinismo ha creado una división derecha-izquierda entre las corrientes trotskistas del marxismo de clase media. Por ejemplo, los pablistas más oportunistas y algunos shachtmanistas admiran a los sandinistas que gobiernan al estado nicaragüense y guían su economía. No ven la necesidad de molestarse con finas distinciones entre gobiernos obreros, estados obreros, y el socialismo, después de todo, estas son todas etapas en la sociedad que resultan posterior a que la burguesía es expulsada y nosotros o gente como nosotros estemos a cargo y en el poder. El “postcapitalismo” es un término perfectamente adecuado para ellos: abraza las diferentes posibilidades mientras asegura el final del capitalismo, sin prometer demasiadas cosas específicas a las masas.

Los pablistas del ala derecha retienen la vieja retórica sobre el internacionalismo pero lo identifican con una multiplicidad de nacionalismos, cada uno buscando la unificación y defensa de sus capitales nacionales. Están en empatía con figuras populares que le hacen eco a la ira de las masas contra la opresión y explotación y abogan por cambios generales al sistema a través del aumento del poder del estado. Se han adaptado continuamente a los elementos burgueses y pequeñoburgueses que reclaman la estatificación de los capitales nacionales: no solamente a los bonapartistas tercermundistas sino a tipos como Aneurin Bevin y Tony Benn, laboristas británicos – y ahora al populista soviético Boris Yeltsin. (Algunos son hasta seguidores de demagogos burgueses como Jesse Jackson.)

Los pablistas del ala izquierda, por otro parte, sienten un compromiso más fuerte con la clase trabajadora y le temen a las implicaciones de las concesiones profundas a los mercados de los

stalinistas. Pero caen en la mayoría de las mismas trampas. Por ejemplo, ninguno de ellos (a pesar de sus críticas políticas del Secretariado Unificado) ha ido más allá de las confusiones teóricas contribuidas por Mandel. Las nociones fundamentales de las cuales él ha sido el principal defensor – el estado obrero como sociedad postcapitalista, la habilidad del stalinismo a sobreponerse a la ley del valor pero no a la escasez, y la capacidad de la pequeña burguesía para reemplazar al proletariado para llevar a cabo la revolución socialista – son retenidas por todos los defensores pseudo trotskistas.

Una ilustración útil es la League (antes Movement) for a Revolutionary Communist International (LRCI). La LRCI reclama tener diferencias teóricas básicas con Mandel. De hecho, mantiene todas las nociones mandelistas expresadas mas arriba, así que sus diferencias no son fundamentales; aun las diferencias que mantienen son exageradas, ya que Mandel es lo suficientemente ecléctico para afirmar en algún lugar u otro la mayoría de las posiciones que los izquierdistas reclaman para si mismos. Por ejemplo, la LRCI argumenta contra Mandel que el “burocratismo no es simplemente un grillete ineficiente sobre el funcionamiento de la economía planificada”. En la realidad bloquea y amenaza la existencia de la economía planificada. Esto es cierto, por supuesto, y es la base de la afirmación de la LRCI que el stalinismo es contrarrevolucionario. Pero no es otra cosa que el reclamo de Mandel de que el stalinismo es una sociedad “congelada”.

La LRCI, igual a la mayoría de los pablistas de izquierda, insiste en que las revoluciones stalinistas que crearon “estados obreros deformados” eran sociales y anti-capitalistas pero no socialistas. Ellos quieren decir que la naturaleza de clases de los países ha cambiado, pero no el proletariado. Esto refleja su auto identificación con el proletariado, pero también revela la esencia de su visión de mundo. Shachtman tenía una posición similar: las tomas de poder stalinistas no eran socialistas – pero si eran anticapitalistas debido a que el capitalismo obviamente había sido abolido. Denominar un sistema social “progresista” a la misma vez que se supone que este “congelado” o su progreso hacia el socialismo bloqueado implican que es realmente un modo de producción tercerista – intermedio en progresividad entre la sociedad capitalista y la proletaria.

Los intentos de los defensores de izquierda a circunvalar las contradicciones del pablismo demuestran inevitablemente su similitud con el shachtmanismo. Un grupo insiste que hay una diferencia cualitativa y no solo cuantitativa entre el estado obrero y el estado obrero degenerado. Otro se refiere a la necesidad para que el estado stalinista sea “demolido” por los trabajadores como si fuera una estructura de clase ajena. Y el otro acredita al stalinismo con una “explotación de su propio tipo”. Todos estos grupos definen a los estados stalinistas como proletarios, pero sus teorías contradicen su etiqueta y señalan en la realidad hacia un estado con una nueva dinámica de dominio sin especificación. De hecho, el mismo Shachtman, a comienzos de su trayectoria hacia la derecha luego de abandonar el trotskismo, sostenía que la Unión Soviética era una forma tercerista de sociedad, progresista con respecto al capitalismo. Veremos en el próximo capítulo que la lógica del pablismo es difícil de distinguir del shachtmanismo/cliffismo con relación tanto a programas políticos como a la teoría.